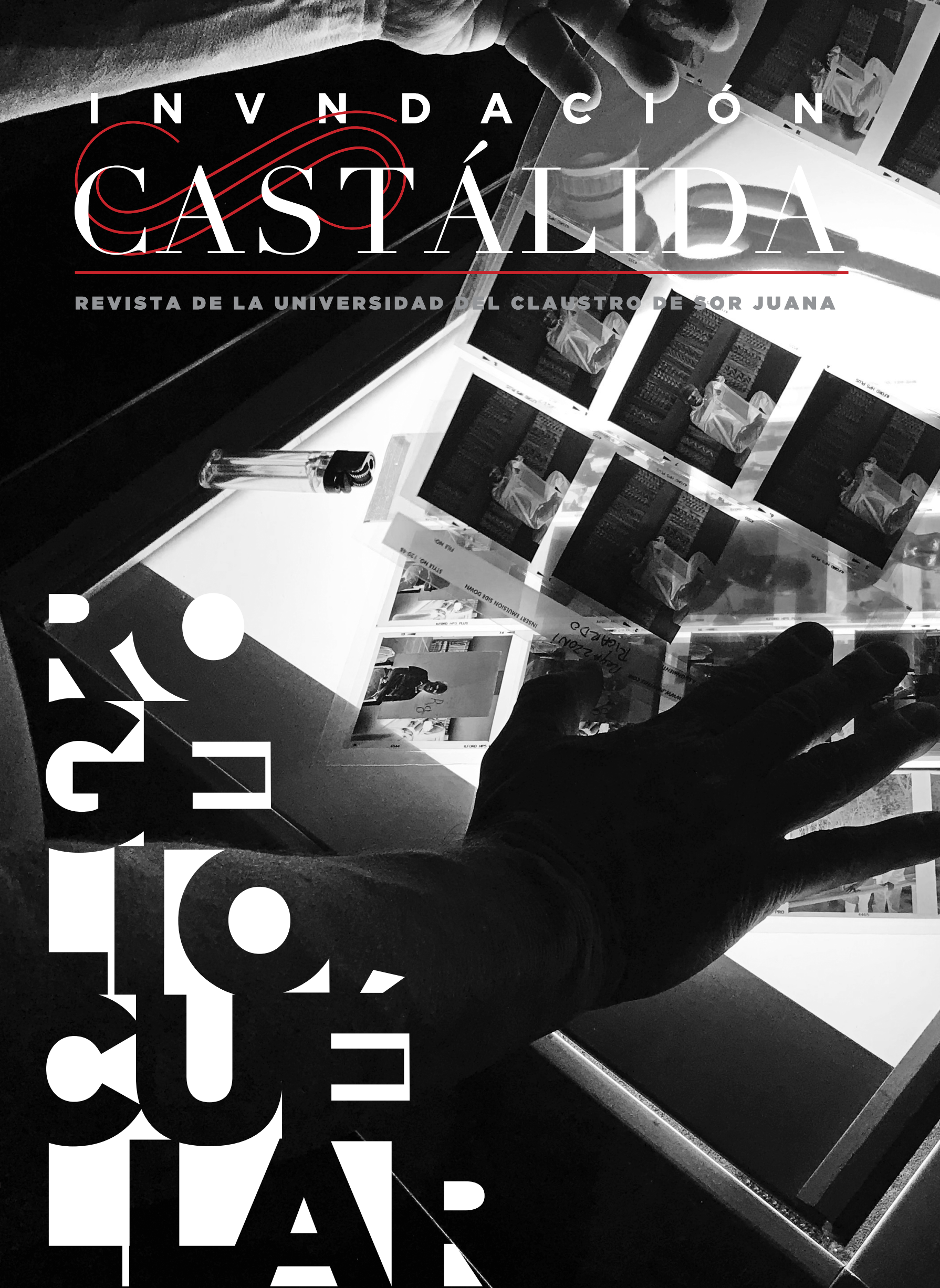


INVENDACIÓN
CASTÁLIDA

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DEL CLAUSTRO DE SOR JUANA

RECICLO
CUBA



INVNDACIÓN CASTÁLIDA

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DEL CLAUSTRO DE SOR JUANA

NÚMERO 16

RECTORA

CARMEN LÓPEZ-PORTILLO ROMANO

DIRECTORA

MORAMAY HERRERA KURI

EDITORES

LUIS TORRES ACOSTA
DANIEL RODRÍGUEZ BARRÓN

CORRECCIÓN

JONATHAN MINILA
LUZ DE LOURDES GARCÍA ORTIZ

CONSEJO EDITORIAL

MARGO GLANTZ
SARA POOT HERRERA
ADOLFO CASTAÑÓN
MARIO BELLATIN
RAFAEL TOVAR Y LÓPEZ-PORTILLO
LUIS ALBERTO AYALA BLANCO
HERNÁN BRAVO VARELA
ANA GARCÍA BERGUA
PABLO RAPHAEL
EZRA ALCÁZAR

DISEÑO EDITORIAL Y FORMACIÓN

ALBERTO NAVA/OMAR SALDÍVAR

CORREO ELECTRONICO

DIFUSIONCULTURAL@ELCLAUSTRO.EDU.MX



UNIVERSIDAD DEL
CLAUSTRO DE SOR JUANA

Queda estrictamente prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos e imágenes de la publicación sin previa autorización por escrito de la Universidad del Claustro de Sor Juana. INVNDACIÓN CASTÁLIDA, Año V No. 16, octubre de 2020, es una publicación trimestral editada y distribuida por la Universidad del Claustro de Sor Juana, A.C., calle San Jerónimo 47, colonia Centro, alcaldía Cuauhtémoc C.P. 06380 www.elclaustro.edu.mx, mkuri@elclaustro.edu.mx Editor Responsable: Moramay Herrera Kuri. Reserva de Derechos al Uso Exclusivo No. 04-2018-080617591100-102, ISSN: en trámite, ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor, Licitud de Título y contenido en trámite, otorgado por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación. Impresas por Master Copy, S.A. de C.V., Calle Plásticos, no. 84 local 2 ala sur, Frac. Industrial Alce Blanco, Naucalpan de Juárez, C.P. 53370, Estado de México, este número se terminó de imprimir el 22 de octubre de 2020, con un tiraje de 1000 ejemplares.

CULTURA CLAUSTRO • 5130•3327 • IZAZAGA 92 • CENTRO • CDMX • ELCLAUSTRO.EDU.MX

INUNDACIÓN
CASTÁLIDA
REVISTA DE LA
UNIVERSIDAD
DEL CLAUSTRO
DE SORJUANA

▶ 25A

26

EDITORIAL

4

**ROGELIO CUÉLLAR: LAS
PARTES DE UN TODO A
DOS VOCES**

Isadora Cuéllar y María
Luisa Passarge

8

**ROGELIO CUÉLLAR,
ESCRITURA DE LUZ**

José Emilio Pacheco

22

**ROGELIO CUÉLLAR,
FOTÓGRAFO**

Ricardo Garibay

26

**PARA ROGELIO
CUÉLLAR**

Carlos Pellicer

28

**ROGELIO CUÉLLAR,
FOTÓGRAFO**

Vicente Leñero

30

**HUELLAS DE UNA
PRESENCIA**

Esther Seligson

32

**PARA EDITAR
A ROGELIO CUÉLLAR**

Federico Campbell

35

SUEÑO EN PIEDRA

Juan Villoro

38

**ROGELIO CUÉLLAR:
LA DISTANCIA ENTRE
LAS IMÁGENES**

Carlos Monsiváis

41

**EL CUERPO COMO
IMAGEN ABSOLUTA DEL
MUNDO**

Juan García Ponce

44

PAISAJE AL DESNUDO

Andrés de Luna

46

**EL DIÁLOGO DE LA
MIRADA. RETRATOS DE
ROGELIO CUÉLLAR**

Germaine Gómez Haro

49

**CUERPOS, ROSTROS
Y MIRADAS: EL ARTE
FOTOGRAFICO DE
ROGELIO CUÉLLAR**

Gabriel Trujillo Muñoz

52

**EL ROSTRO DE LAS
LETRAS**

Jorge F. Hernández

55

JUAN VILLORO

Editorial

Hay por lo menos un par de modos de ser artista. Está el más visible: aquel de quienes trabajan su obra y no sólo buscan ser originales, rompedores de las tradiciones y los cánones, sino además quieren sobresalir —en ciertos casos a toda costa, por encima de todo y aun pasando por encima de alguien, o de todos—. De estos últimos hay quienes, además de amonedar su obra, hacen lo posible por hacer brillar su nombre, convertirse, primero, en referente, y luego, en un adjetivo: kafiiano, picassiano, borgiano —aunque ni en Kafka ni en Borges, de haberla tenido, su “idea de gloria” es-tribaba precisamente en amonedar su creación y convertir su apellido en marca registrada—. También está el modo de quienes suelen ser menos visibles, menos ostentosos, acaso más frágiles, y que luchan discreta y hasta secretamente por llevar su obra, a la que consagran no menos talento ni trabajo, a un escenario, a un taller, a una galería, a una sala, a una revista, a una editorial, a una disquera, y acaso, con suerte, lograr el mismo reconocimiento que el artista prestigiado.

Pero entre esos modos posibles está uno muy especial, no menos valioso y sí indispensable. Se trata de personas que no creen ser artistas porque no desarrollan una obra en específico —una novela, un óleo, una película, una composición—, pero lo son por derecho propio, y los necesitamos tanto como a los otros porque hacen el barbecho (ese momento en que la tierra no da resultados espectaculares pero descansa, se rehumedece, se nutre y se fortalece para en su momento dar alimento). Son hombres y mujeres también artistas, sólo que sus obras consisten en preparar a las generaciones por venir, o el porvenir de las siguientes generaciones, como quiera verse. Su creación son sus contemporáneos al abrirles espacios nutricios, tierras

donde cultivar y hacer florecer y fructificar sus obras. Éste es el caso de Antonieta Rivas Mercado, la mujer que supo ver y reconocer el talento de un Salvador Novo, de un Xavier Villaurrutia; que supo abrir foros para el teatro moderno mexicano y acompañó en su ruta a pintores, a músicos, a dramaturgos, a poetas y ensayistas, a traductores. Y a caudillos culturales: José Vasconcelos. Una mujer que a la vez supo construirse una libertad y una identidad que estaban lejos de ser usuales, mucho menos aceptadas, en aquella época. Y en ese sentido podríamos considerarla una de nuestras primeras feministas.

Como parte de la Cátedra Antonieta Rivas Mercado de la Universidad del Claustro de Sor Juana, hemos dedicado en su honor un dossier de este número. Patricia Rosas Lopátegui abre tema comparándola ni más ni menos que con Sor Juana; Adriana Mondragón y Fernando Gargollo nos cuentan la estrecha relación que hubo entre Antonieta y el Convento de San Jerónimo. Enseguida tenemos un pequeño tesoro documental: una carta de Antonieta dirigida a Gabriela Mistral y otra carta, más íntima, que escribió a su hermana Amelia; fragmentos del llamado Diario de Burdeos son unas verdaderas joyas de ese tesoro. Inmediatamente ofrecemos una serie de trabajos donde se rememora la figura de Antonieta a través de diversos personajes. La periodista Adriana Malvido escribe sobre Kathryn Skidmore Blair, quien se casó con Donald Antonio, hijo de Antonieta; Blair es fundamental en la revaloración de Antonieta, pues fue quien poco a poco descubrió su persona y su obra. Luego tenemos un fragmento de la célebre biografía de Fabienne Bradu, *Antonieta 1900-1931*, donde imagina sus momentos finales. Cibeles Henestrosa, por su parte, nos cuenta cómo se conocieron Antonieta y su padre, el escritor

oaxaqueño Andrés Henestrosa. Claudia Solís-Ogarrio hace un ejercicio de ficción sobre lo que pudo haber pensado una ensimismada Antonieta sentada en el vagón de tren que la llevaría a su último destino. Dan sazón a la subsecuente parte del dossier, que deparan al lector no pocas sorpresas, los textos preparados por Marco Orozco Blair y por Ivett Tinoco García junto con Porfirio Mauricio Gutiérrez Cortés, así como la entrevista a Raoul Fournier que le hiciera hace ya muchos años Jorge Vértiz Gargollo. Y el recorrido se tiñe de filial ternura con el testimonio de Vivian Blair, nieta de Antonieta.

Hablábamos de los modos de ser artista. Pues bien, nuestro segundo dossier es un homenaje a quien ha documentado para nosotros y para futuras generaciones la vida en México durante los recientes cincuenta años: el fotógrafo Rogelio Cuéllar. Comenzamos con una suerte de lotería —o rompecabezas de un retrato—, muy entrañable, escrita a cuatro manos entre Isadora Cuéllar y María Luisa Passarge, hija y compañera del fotógrafo, respectivamente. Nos vamos luego a un convivio de grandes plumas que a lo largo de la vida profesional de Cuéllar han escrito sobre él: un poema de José Emilio Pacheco; un puñado de reflexiones, casi aforismos, de Ricardo Garibay; un breve pero sustancioso texto de presentación de obra escrito por Carlos Pellicer. Por su parte, Vicente Leñero nos habla del fotógrafo como hombre y artista, mientras que Esther Seligson nos detalla los vaivenes de esa obra que registra el contraste entre luz y sombra; Federico Campbell y Juan Villoro nos descubren la manera de trabajar del fotógrafo y cuáles son sus intenciones estéticas; Carlos Monsiváis, cómo no, viene a recordarnos que Cuéllar también tiene un fino sentido del humor; Juan García Ponce y Andrés de Luna nos hablan de la fotografía

erótica a la que Cuéllar ha dado un toque peculiar; Germaine Gómez Haro, a su vez, nos invita a ver la fotografía de Cuéllar como un diálogo sin máscaras. Y cerramos con un testimonio de amistad y de admiración escrito por Jorge F. Hernández.

Finalmente, pero no menos importante, recordamos al gran Charles Bukowski a cien años de su nacimiento, y para ello J.M. Servín y Arturo G. Aldama interpelan a los lectores para llevarlos a reconocer la obra del “viejo indecente” sin las anteojeras de la falsa rigurosidad y sin la veneración ciega.

En nuestra sección de reseñas, Alberto Arriaga nos habla de ese punzante pero maravilloso libro de cuentos de Lucia Berlin que es *Manual para mujeres de la limpieza*. Verónica Ortiz Lawrenz presenta un compendio de la titánica labor de investigación y edición realizada por Patricia Rosas Lopátegui para dar consistencia al cuerpo de obra de Elena Garro, y de ahí seguir impulsando su reconocimiento como una de las magnas protagonistas de la literatura mexicana del siglo XX. Concluimos con un comentario literario de Ernesto Herrera sobre *La perla*, novela de John Steinbeck, de la cual celebra la nueva traducción al español realizada por Gabriel Bernal Granados y que indudablemente hace lucir la maestría de Steinbeck como narrador.

*

El presente número ha sido posible gracias a la generosidad absoluta y cómplice de dos mujeres maravillosas. Sin ellas, lo digo sin temor a equivocarme, no lo hubiéramos logrado: gracias a Vivian Blair y a María Luisa Passarge.

29/11/1990

KODAK TMY 60



KODAK TMY 6053



KODAK TMY 6053



KODAK TMY 6053



KODAK TMY 6053

1990



KODAK TMY 6053

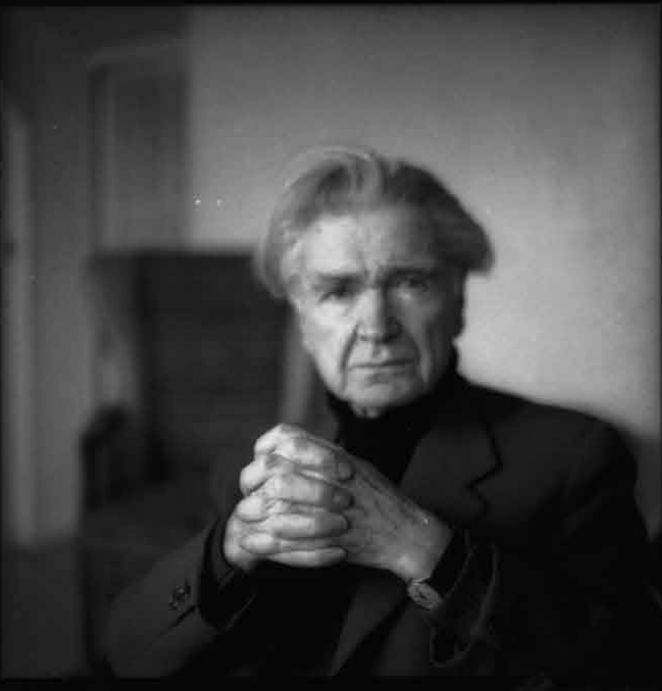


MY 6053

6

TMY 8

KODAK T



TMY 12



TMY 16

TMY 7

KODAK TMY 6053



TMY 11

KODAK TMY 6053



TMY 15

TMY 6

KODAK TMY 6053

Tinta en alas de papel

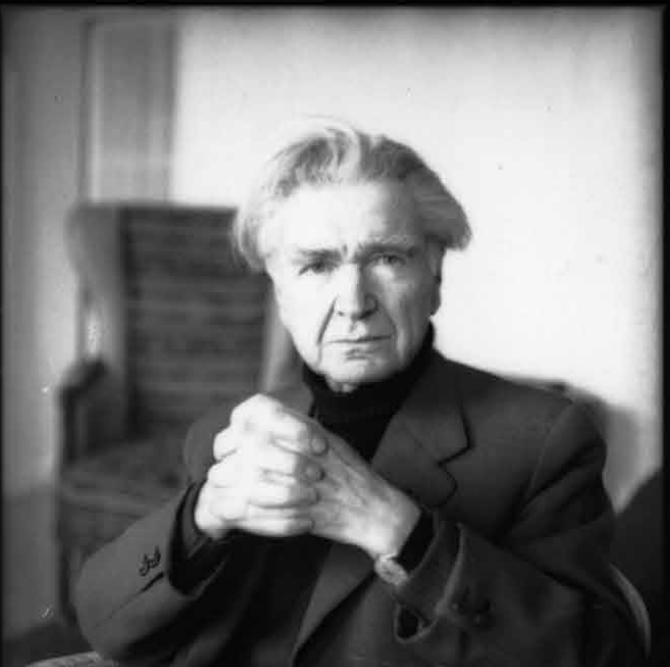
TMY

KODAK TMY 6053



TMY 9

KODAK TMY 6053



TMY 14

TMY

MY 6053

TMY 13

Rogelio Cuéllar: las partes de un todo a dos voces

ISADORA CUÉLLAR Y MARÍA LUISA PASSARGE



***E**ste retrato-rompecabezas se armó como un juego: escribimos los conceptos en papelitos que doblamos, revolvimos, y después, de manera alternada, fuimos tomando uno a uno para descubrir las diferentes partes de ese todo que nos tocó en suerte desarrollar. Es un texto que nace del amor, la convivencia, la familiaridad, la admiración y el gozo de compartir un poco la esencia de un hombre, un padre, un compañero, un fotógrafo.*

Audacia

Rogelio puede parecer muy audaz. Y no es que haga las cosas sin pensar o que no le preocupen las consecuencias de sus actos, sino que lo que piensa o cree que debe hacer lo hace. Es su primer impulso. Esa audacia nace de la seguridad que tiene en sí mismo. Y si el resultado de los actos no es bueno, no se desgasta en recriminaciones inútiles: su mente y sus acciones se ponen de inmediato a cambiar o corregir lo necesario.

Rogelio Cuéllar en su infancia.



Amistad

Rogelio sabe ser amigo. Gabriel Macotela, Arturo Buitrón y Gustavo Monroy son sus hermanos desde hace muchos años. Además, tiene amistades entrañables. La gente lo quiere, lo busca. Sabe escuchar. Su círculo de hermandad es la familia que ha construido a lo largo de la vida. La afinidad y conexión que tiene con personas de diversos ámbitos y edades lo hacen también tener una gran variedad de amigos.

Ausencia

La ausencia de sus dos padres —tanto el biológico como el que le dio el apellido— y la de su madre —durante el día ella salía a trabajar— lo hicieron construir cariños profundos desde muy pequeño. Para llenar esos huecos emocionales ha desarrollado grandes afectos, y fue armando esa personalidad que hoy le conocemos y que ha alimentado a lo largo de los años. Él también ha provocado ausencias, sin quererlo o sin hacerlo de manera consciente; ninguna definitiva y siempre con una honda necesidad de repararlas.

Belleza

Refugio, coraza, pretexto; punto de fuga, detonador, combustible, motor. Rogelio ve belleza en todo. La belleza se instala en él desde que abre los ojos —cómo entra el sol por la ventana, cómo la primera luz del día hace bailar las sombras en las paredes— hasta que los cierra —la última imagen del libro que está estudiando, la caricia a la piel amada antes de dormir—. No busca la belleza, sino que la descubre en todo lo que mira, en lo que toca, en lo que imagina.

Coleccionista

Su coleccionismo comenzó de niño, con los fragmentos de película de 35 mm que su padre le llevaba a casa. Después fueron los álbumes de estampas de obras de arte universal de los cerillos La Central (todavía los conserva). Siempre ha sido chacharero de corazón. Conoce bien los mercados de chácharas de Vértiz y de La Lagunilla. Desde los ochenta que los visita, encuentra daguerrotipos, botones con fotografías antiguas, foto-

esculturas de madera, álbumes fotográficos, cámaras de otras épocas y fierros con formas curiosas, consolidando con esos objetos una bella colección. Ese coleccionismo ha acompañado su pasión por el arte, en especial por el dibujo y la pintura. Desde joven comenzó a hacerse de obra de los artistas a los que fotografiaba. Sus primeras piezas fueron resultado del intercambio por retratos. A lo largo de cincuenta y tres años de trayectoria ha conformado una importante colección de arte.

Creadores

Son su pasión. Los admira, los disfruta, los lee, los estudia, los promueve, y para tenerlos siempre consigo, los colecciona —pinturas, esculturas, libros— y los captura en sus fotografías. Los sigue a lo largo de los años y registra sus trayectorias, su vida cotidiana, sus enfermedades, sus alegrías y tristezas. Cuando habla con cualquiera de ellos siempre pregunta por los hijos, por la familia, por el trabajo, pero no en abstracto, al contrario: “¿Cómo sigues de la operación del brazo?”, “¿Cuándo regresa tu hijo de su viaje al extranjero?”, “Vi en Canal 22 que montarás una nueva exposición. ¿Ya estás trabajando en ella? Quiero ir a fotografiarte”. Está con ellos todo el tiempo. Dicen de Rogelio que logra que sus retratados se entreguen a su mirada, pero en realidad es él quien se entrega a ellos. Su espíritu lúdico y creativo, aunado al genuino interés y respeto que siente por sus admirados y por sus querencias, lo han llevado a conformar un archivo de más de cien mil imágenes analógicas tomadas durante cincuenta y tres años, un prolífico registro de la vida y de los personajes de la cultura y del arte de México, principalmente.

Cultura

Su alimento diario. Para Rogelio, la cultura recorre, enlaza y abre diálogos entre todos los aspectos de la vida: familia, educación, medio ambiente, política, arte. Tiene claro que su aportación a la historia cultural de México está en sus imágenes. No sale nunca de casa sin una cámara al hombro y, además de retratar a los personajes de la cultura literaria, del arte, de la danza o de la música, fotografía las marchas y manifestaciones sociales, el paisaje urbano y rural, la naturaleza, las ciudades y su gente: a la familia que vende los

quesos, a los de las flores que se ponen en la esquina del Parque México los sábados y domingos, a las meseras del Sanborns, a los que viven en las calles...

Defectos

Como todos, tiene muchos, y como todos, algunos muy grandes. Los reconoce y los acepta; sabe que le ocasionan conflictos en la vida cotidiana, pero navega con ellos sin que le quiten demasiado el sueño. A algunos trata —promete— tomarlos por los cuernos y domarlos, casi nunca con resultados positivos.

Doméstico

Rogelio es un ser doméstico. Su hogar —ese departamento ubicado frente al Parque México, donde vive rodeado de sus negativos, su colección de arte, sus libros, fotografías, cámaras y objetos antiguos, sus montañas de periódicos, sus plantas— es parte fundamental de su universo. Prefiere cocinar y comer en casa, ver películas mientras trabaja. La colonia Condesa es la ampliación de su hogar: ir por el periódico, comprar el café, ir al Mercado Medellín o al *sobre ruedas* de las calles Veracruz y Pachuca, caminar por el parque y recorrer las calles aledañas a pie o en bicicleta son actividades que forman parte de su rutina y que lo hacen sentirse a sus anchas, en casa.

Edad

Rogelio pertenece al mundo de los seres atemporales: desde niño y durante su juventud siempre ha podido entablar conversación con personas mayores sin sentir que exista diferencia de edad. Esa cualidad le ayudó a abrirse las puertas en el mundo de la cultura y de la intelectualidad desde los diecisiete años. Esa particularidad también aparece cuando conversa con los niños y en minutos se vuelve su cuate. Su astucia y frescura, así como su inteligencia, lo hacen tener esa vitalidad para navegar en un mundo donde la edad, para él, no existe.

Energía

Posee una energía aparentemente inagotable. Entre más se mueve —caminar a buen paso por las calles o

trabajar durante varias horas seguidas—, más energía genera. Le cuesta mucho estar tranquilo o sentado, excepto cuando está en el laboratorio. Sólo ahí la calma y el tiempo sin tiempo se apoderan de él, pero normalmente está haciendo una o dos cosas a la vez y pensando en una tercera. Y no sólo su cuerpo, su mente también está en constante actividad. Ni siquiera se detiene al dormir: sueña largas historias llenas de acción, de travesías, de aventuras con mucha gente. ¿De dónde saca tanta energía?

Experiencia

Es resultado de su vivencia personal. Se relaciona y aprende del mundo con la actitud vital del *flâneur*, capturando la realidad con avidez y curiosidad, con calma e inteligencia, con rigor. Es una esponja que absorbe todo lo que se planta ante sus ojos. Después lo parte en cachitos, lo procesa. Con tiempo, *sin prisa, pero sin pausa*, recordando a Goethe. Esa experiencia, esas vivencias se concretan en la certeza con la que lleva a cabo su trabajo fotográfico.

Familia

Además de sus hijos Iván e Isadora, y de sus nietos Alex y Bruno —a los que adora—, Rogelio ha conformado una enorme familia con sus amigos y admirados. “Mis querencias”, los llama. Todos viven en su cabeza y en su corazón todo el tiempo. “Encontré en la tienda esto para J, que le hace falta”, “Recorté esta nota para M porque seguro le interesa por los temas que está trabajando ahora”, “Vamos a llevarle esto a S para su hijo”, “Envíale esta canción a D, seguro le va a encantar”, “Estoy preocupado por J, lo escuché triste”.

Fotografía

Desde que, sin buscarlo, un día la fotografía “se le reveló”, Rogelio vive de ella. En todos los sentidos. Es alimento, inspiración, motivación. Con ella y por ella viaja, conoce a personas, se alimenta —física y espiritualmente—. Es pretexto para estudiar, experimentar. Nunca ha dejado de sorprenderle, y gracias a ella ha desarrollado una forma particular de mirar la realidad.



Fragilidad

La fragilidad de Rogelio está relacionada con su ser sensible. Pero no la esconde —aunque pocos la vean—: entabla con ella un diálogo profundo. La vive, la conoce bien, la sufre —hay veces en que se quiebra y por momentos quisiera ser más fuerte—. Pero esa misma fragilidad le permite ser un gran compañero en momentos difíciles.

Generosidad

No es una cualidad en él: es su estado natural. A excepción de su tiempo, todo es para compartir, para convidar, para apoyar. Generoso con todos —la familia y las querencias, los alumnos, los simplemente conocidos, la gente de la calle— y en todos los sentidos —regala fotos, libros, ropa, comida, tesoros—. Es también muy generoso con sus conocimientos y su experiencia: le encanta dar cursos y talleres, enseñar y aprender de sus alumnos.

Gozo

Cocinar. Disfruta muchísimo cocinar, y si lo hace para otros —que es frecuente: cuando llega alguien de visita o para las cenas o comidas que organiza para los amigos—, el gozo crece, se multiplica. Otro gozo: compartir. Comparte todo: conocimientos, regalos, experiencias, descubrimientos, historias, alegrías; también algunas tristezas.

Historia

Rogelio ha hecho historia desde muy joven, sin en realidad quererlo y sin planearlo. Su existencia misma es una bella historia de vida: su infancia, su juventud, su profesión, él como padre, como un ser de familia. La historia de Rogelio Cuéllar forma parte de nuestra herencia cultural desde hace ya muchos años, porque ha conseguido retratar a una gran parte de aquellos que forman la vida cultural y social de nuestro país, haciendo de sus imágenes un referente para la historia de México.



Hogar

Probablemente la falta de un hogar fijo en su infancia hizo que desde joven buscara construir uno propio de manera definitiva. Fue hasta los treinta y un años que compró, junto con Elvira García —la madre de sus hijos Iván (1972) e Isadora (1978)—, la casa en la que vivió durante nueve años. Sus lugares predilectos eran el jardín, el laboratorio y la cocina. En 1992, tras su divorcio, se hizo del que ha sido su hogar desde entonces, su casa-estudio en la Condesa. Es una guarida en la cual se siente protegido y feliz; es su universo y vive rodeado de sus pasiones. Los clósets, las alacenas y hasta un baño están llenos de cuadros y negativos de fotografía. La cocina se vuelve ampliación del laboratorio cuando revela negativos: ahí lava los rollos de película y también las impresiones en papel Ilford recién salidas del cuarto oscuro. Su recámara es también su biblioteca y su galería más personal. Como en toda la casa, aquí también las paredes están llenas de las obras de arte que más disfruta. A pesar del visiblemente poco es-

pacio que le queda, le da lugar a algunas plantas, que viven felices con él. Cada espacio es poco común, lo ha hecho muy a su manera.

Honestidad

Rogelio es un ser honesto, su mirada es transparente. Cree en la justicia, la busca y la construye. Es honrado en su andar. A pesar de haber padecido ciertas carencias y ausencias, es un ser humano íntegro y ha sabido llenar esos huecos con presencias que lo han fortalecido. Su integridad radica también en su bondad, generosidad, creatividad, inteligencia y alegría.

Juego

Su vida parte del juego. Es un eterno niño, y por fortuna no ha perdido esa capacidad de jugar con la vida, de bromear con las cosas cotidianas y hasta con las más serias. Tiene una gran habilidad para conseguir lo que desea también a través del juego, de manera muy natu-

ral. Le gusta vacilar, ponerse máscaras que él construye; es muy ingenioso.

Justicia

Desde muy joven, su trabajo como fotoreportero para algunos medios impresos, como *Excélsior*, *La Jornada* y *Proceso*, lo llevó a registrar diversos movimientos sociales, a conocer la cotidianidad en las comunidades indígenas, a vivir de cerca el movimiento político del 68, eventos como los terremotos y sus estragos en la Ciudad de México. Esas experiencias han definido su concepto de justicia y delineado su papel como ser social.

Juventud

La juventud vive en él, con él. Son jóvenes su cuerpo, su mente, su imaginación. Por supuesto, con todas las virtudes y también con muchos de los defectos propios de la juventud. Ni su cuerpo físico ni su mentalidad revelan los setenta años que en junio de este 2020 acaba

de cumplir. Esa juventud de pensamiento, de corazón, hace que casi cualquier persona, de cualquier edad, se sienta a gusto con él.

Legado

En la historia cultural de nuestro país, sus imágenes son ya referentes conocidos y reconocidos, elocuentes testimonios de una época que Rogelio vive y goza a plenitud. Sabe que el trabajo que ha realizado desde los diecisiete años es un legado. Desea con todo su corazón que su gran archivo —retratos de más de mil personajes de la cultura, la fotografía documental, así como su trabajo personal de desnudo y de paisaje urbano y rural— permanezca en México. Ojalá así sea.

Libros

“Cada libro alberga el instante en que lo leí por primera vez”, dice Alberto Manguel. Así la historia de Rogelio: conoce y sabe cada libro que tiene en su extensa

Huellas de una presencia.



biblioteca, sobre todo los de arte y los de fotografía. Los lee y relee, los estudia, revisa y descubre, los redescubre. Pero no sólo libros. Todo lo impreso es vital en su universo: periódicos, revistas, folletos, catálogos. Lee todo: anuncios y carteles en la calle, etiquetas de productos, publicidad que llega junto con las cuentas de las tiendas comerciales. Todo. Sólo se le complica la lectura en pantalla. “Así no puedo”, dice.

Luz

Su vida cotidiana gira en torno a la luz. Necesita de espacios luminosos y caminatas soleadas. Su mirada vehemente indaga en lo cotidiano en busca de ese agente físico que hace visibles los objetos y los ilumina. Rogelio dialoga con la luz natural al momento de hacer fotografía, y en el laboratorio conversa con la de la ampliadora, la que hace que emerjan sus imágenes. En esos momentos él es dueño del tiempo de la luz, él determina por cuántos segundos estará jugando con ella sobre ese retrato, paisaje o desnudo; la convierte en

su aliada para cada una de sus fotografías. Verlo jugar con la luz y con sus manos sobre las imágenes que va revelando es uno de mis mayores recuerdos de infancia cuando entraba con él a su laboratorio.

Madre

Esperanza Mercedes Ramírez viuda de Cuéllar fue su madre. El nombre que aparece en el acta de matrimonio (único documento legal con el que contamos en la familia) es Mercedes Ramírez Ramírez. Con el tiempo, ella construyó no sólo su propio camino y el de su hijo, sino su personalidad, y optó por agregarse el de Esperanza. Cuando se separó del padre no biológico de Rogelio, decidió que en ese momento en que lo corría de la casa también enviudaba. Esperanza, oriunda de los Altos de Jalisco —se dice que de Ocotlán—, llegó muy joven a Ciudad de México, “robada por un rancharo”, según platicaba. Fue madre soltera dos veces: Rogelio (1950) fue el segundo hijo, veinte años menor que su hermano Rigoberto. Esperanza aprendió a ser inde-



pendiente y a ganarse la vida de diferentes maneras; entre otras, costuraba muñecas de trapo, hacía tamales, tuvo una fonda. La educación que Esperanza le dio a Rogelio, sin una estructura tradicional, lo proveyó de las herramientas que lo han hecho ser quien es hoy. Desde 2007, doña Espe recorre y vuela con la libertad que siempre tuvo en el Bosque de Chapultepec, entre el Castillo y el Auditorio.

Maestro

En el librero frente a su cama están sus maestros. Conoce muy bien cada uno, y se alimenta cotidianamente de ellos sólo con ver cómo la luz de cada mañana ilumina poco a poco los lomos: Manuel Álvarez Bravo, Henri Cartier-Bresson, Lucien Clergue, Ralph Gibson, Ansel Adams, Francesca Woodman. También de los maestros de la luz en la pintura: Ingres, Rembrandt, Caravaggio, Vermeer. Pero él mismo es un excelente maestro: disfruta mucho impartir talleres y sus alumnos siempre finalizan los cursos motivados y enriquecidos.

Mirada

Dice John Berger: lo importante son los modos de mirar. Ante la vida, la mirada de Rogelio es festiva, gozosa, lúdica, vehemente y apasionada. Ante las personas —y más si le interesan—, su mirada se llena de interrogantes, de deseo, de curiosidad.

Negativos

Cientos de miles, sin exagerar. Pasa horas inclinado sobre la mesa de luz revisando, clasificando, ordenando, seleccionando. Es otra manera de mirar —me asombra cómo reconoce a los personajes en esas imágenes latentes con los valores de luz invertidos y que esperan a ser reveladas—. Rogelio trabaja también la fotografía digital, pero para él no hay foto si no hay negativo. Las fotos *buenas* están en esas películas con cristales de haluros de plata. Son su tesoro, su legado.

Niñez

Aunque desde pequeño fue amiguelo, ingenioso, travieso, aventurero e independiente, tuvo una niñez soli-

taria que le hizo desarrollar la habilidad para convivir con adultos y niños de diferentes edades. La calle siempre llamó su atención. Le gustaba subirse “de changuito” en la parte trasera de los tranvías cuando se iba de pinta. Gran parte de su infancia sucedió en la colonia Portales y eran frecuentes sus paseos al Castillo de Chapultepec con su madre, al igual que al Centro Histórico. Su primer acercamiento al cine fue a través de su padre no biológico, Nachito Cuéllar, quien trabajaba en los Estudios Churubusco y le regalaba fragmentos de la película que le sobraba a los carretes. A los diez años, las cajas de cerillos La Central fueron el primer acercamiento que tuvo a las obras de los grandes maestros de la pintura.

Obsesión

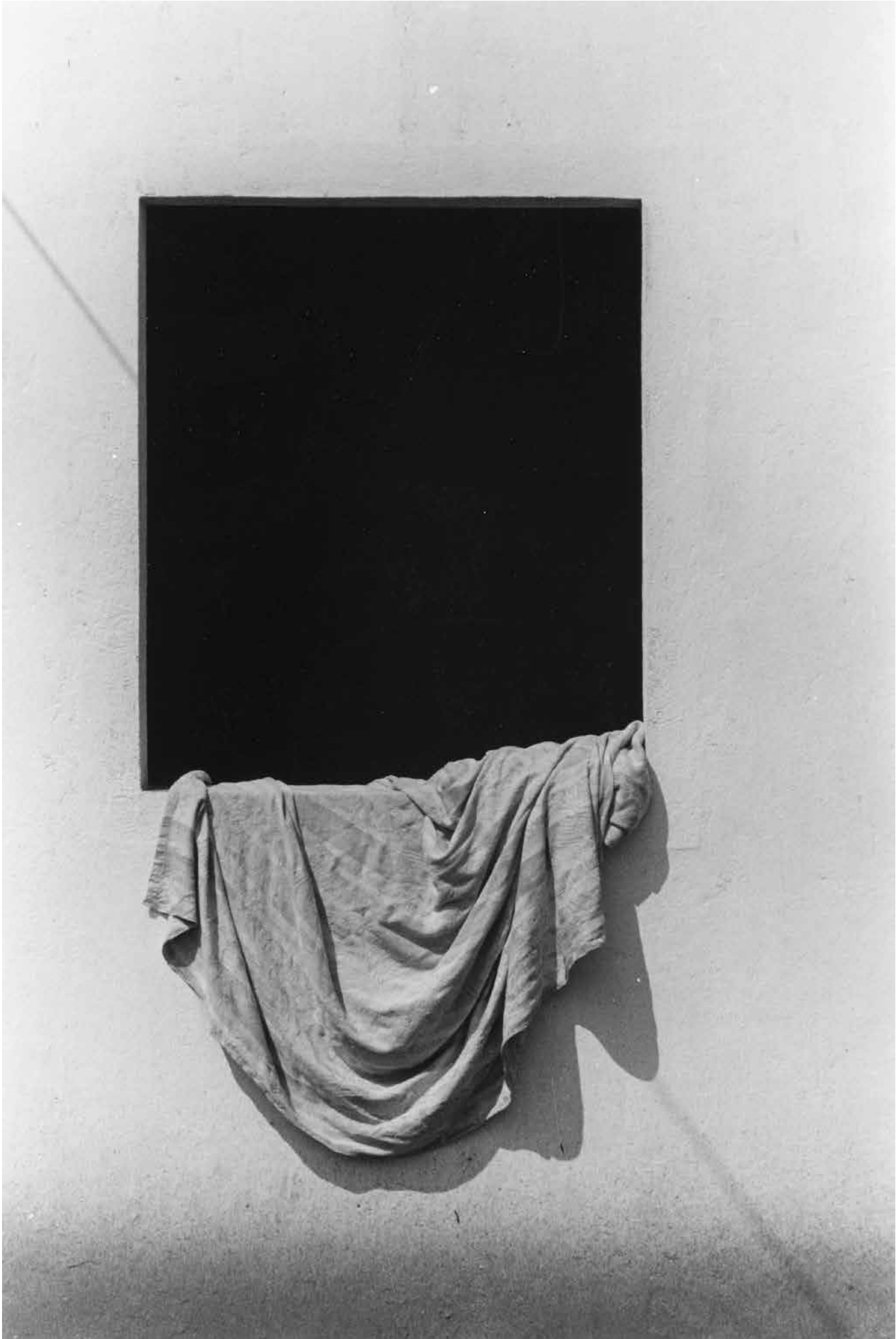
Sus principales obsesiones son la luz, el aire, la libertad, los viajes, los periódicos y la fotografía. Rogelio no puede estar en un espacio sin ventilación y sin luz: siente que se asfixia, le perturba el encierro. Tampoco puede salir a caminar sin su cámara fotográfica: se siente desnudo, que algo le falta. La fotografía que aún no ha tomado es una de sus obsesiones.

Oficio

A lo largo de los años, el oficio de la mirada fotográfica ha adquirido en Rogelio una precisión conseguida a través de la práctica constante y de la pasión por la imagen. Su oficio está en esa forma tan particular de mirar y aprehender, que le permite manejar tres o cuatro cámaras en una sesión fotográfica, que define cómo camina y su manera de estar en el mundo, que dirige la planeación de sus proyectos, que proyecta a sus alumnos y a cualquiera que lo escuche, y que salta en sus conversaciones gracias a la memoria visual tan privilegiada que tiene.

Orfandad

La vida de Rogelio ha estado marcada por la orfandad: no conoció a sus abuelos maternos ni paternos, no tuvo tíos ni tías. Su familia durante la infancia se reducía a su madre y a la familia de su medio hermano, con quien no tuvo en realidad una relación cercana.



Huellas de una presencia.

Su padre biológico, don Cleofas Escalona, vendedor de listones de colores en los parques, se fue al poco tiempo de haber nacido él. Ignacio Cuéllar le dio el apellido y la imagen de padre durante los primeros cinco años de vida. Fue quien acercó a Rogelio al mundo de la imagen. De joven, Rogelio intentó encontrar a Nachito, pero no tuvo suerte. Con el paso de los años ha ido sanando poco a poco esa orfandad.

Periódicos

Uno de sus mayores vicios. Compra cada mañana el periódico —a veces dos— y lo lee casi todo a lo largo del día: durante el desayuno, cuando toma un descanso, en el baño, antes de dormir. Revisa, recorta, guarda y atesora cualquier nota que llame su atención o que sea de su interés. Tiene pilas y pilas de periódicos, de años atrás. Cuando el espacio se lo exige y decide que es momento de deshacerse de algunos, los vuelve a revisar, uno por uno, y de nuevo recorta, guarda y atesora.

Provocación

Como si nada, pero con absoluta certeza y conciencia, provoca. Con un gesto, una mirada, una palabra, una acción. Le encanta.

Querencias

Rogelio practica la acción de amar o querer bien en su vida cotidiana. Es un ser que necesita querer y sentirse querido. Sus querencias somos su más grande tesoro y nos ama y cuida de manera incondicional. Puedo decir que somos una más de sus fortalezas.

Químicos

El olor a químicos deambula por la casa desde que era pequeña: el color amarillo del revelador, el fijador un poco más tenue... En la familia, los químicos siempre fueron parte de nuestra historia.

Retrato

Es la posibilidad de conocer a profundidad a la persona que está fotografiando, de dialogar desde el silencio

y la mirada, de desnudar a ese otro a través de la cámara. Es compenetrarse, comprometerse, saber el preciso momento de hacer *click*. Es perpetuar ese momento, a esa persona, y hacerla suya.

Rutina

Salvo las imprescindibles de higiene, no hay rutinas ni horarios en la vida de Rogelio. Cada día —las comidas, el trabajo, el ocio— se desenvuelve de acuerdo con el ánimo, los apetitos, el clima, los intereses, las ocurrencias, los imprevistos.

Sedución

Es una de las personas más seductoras que he conocido. Tiene una capacidad innata para atraer; su personalidad es de esas que se vuelven vitamina. Estar con él es un deleite; viajar, ni se diga. Y sin duda, en el amor ha sido un gran seductor.

Soledad

No conoce la soledad. Su mundo interior es vasto y prolífico, y de él se alimenta. Se acompaña de lectura, cine, música, arte en sus más diversas expresiones, además de disfrutar el tiempo que necesita para estar consigo mismo y con su trabajo en el cuarto oscuro: revelar, imprimir, experimentar.

Suerte

Más que suerte, son la pasión, la curiosidad, el deseo de saber y de conocer los que le abren los caminos y lo ponen en el momento y en el lugar precisos, y los que lo alejan (casi siempre) de experiencias indeseadas. Por eso parece que Rogelio va por el mundo cobijado por un enorme ángel guardián.

Talento

Ha desarrollado a lo largo de su vida sus talentos, por ejemplo, desenvolverse con la gente con gran facilidad, adentrarse en variados universos sociales y lograr por lo general ser bien recibido. Tiene un especial talento para volverse imperceptible durante las sesiones fo-

tográficas con sus retratados, y para conseguir lo que busca con su particular personalidad e inteligencia. Y sin duda alguna uno de sus mayores talentos es hacer *click* en el momento preciso, para develar el mundo en blanco y negro con sus infinitas escalas de grises.

Tequila

Junto con el whiskey, el vino y la cerveza, una de sus mayores debilidades y uno de sus más complicados defectos.

Testigo

Rogelio ha sido testigo del cambio de la Ciudad de México y lo ha registrado a través de sus fotografías y de sus anécdotas. Esa curiosidad que tuvo desde niño por recorrer y conocer la ciudad lo ha hecho desarrollar un ojo privilegiado, observador, crítico y curioso. Por ejemplo, las infancias que retrató entre 1967 y 1987 muestran parte de la historia de nuestro pasado, infancias que se apropiaban de la calle para jugar, en grupo o de manera solitaria, sin miedo a las actuales violencias que vivimos; también la ciudad sin segundos pisos, sin grandes rascacielos —excepto la Torre Latino—, las avenidas con poco tránsito. Y así ha sido testigo de la vida de los protagonistas que conforman la cultura de nuestro país, a quienes ha registrado desde los diecisiete años y que sigue haciendo hasta la fecha. Rogelio es un testigo visual de nuestro acontecer y de México.

Tiempo

El tiempo y Rogelio conviven sin conflictos. El primero impone y el segundo acata. Rogelio es muy generoso, excepto con su tiempo. Por eso, sin empacho alguno y como si nada, hace uso del tiempo de los demás. El tiempo es su cómplice: se deja atrapar en sus fotografías, esos instantes que se presentan ante su mirada y que Rogelio no desperdicia.

Utopía

No le interesan las utopías. Cree y lucha por hacer realidad sus sueños.

Viaje

Desde joven ha disfrutado conocer y recorrer otros lugares. Su vida ha estado marcada por el movimiento y por viajar. Junto con su madre, de niño cambió de domicilio en repetidas ocasiones. Su primer viaje a la playa: a Acapulco, con su mamá y con la familia de Rigoberto. El segundo viaje: a Guanajuato, en la preparatoria. Su primer viaje solo: el 7 de marzo de 1970 a Miahuatlán, para ver el eclipse total de sol. Su primer viaje de trabajo: a la sierra tarahumara, en los años setenta, para la revista *Sucesos para todos*. Su primer viaje al extranjero: una gira con la Orquesta Filarmónica de la Ciudad de México a algunas ciudades de Estados Unidos y de Canadá. El primero a Europa: también con la Filarmónica, recorriendo varios países (en una maleta metálica guardaba su equipo fotográfico, y en cada viaje le agregaba estampas de los lugares visitados). Junto con Elvira García llegó a Nueva York en 1980, en un vochito azul. Con Gabriel Macotela viajó a Nueva York y a Barcelona. En los años que trabajó en Culturas Populares recorrió diversas comunidades indígenas del país, de norte a sur. Como fotorreportero del periódico *La Jornada*, viajó a Nicaragua en los tiempos de las FARC. Por su cuenta y gracias a su trabajo personal, ha recorrido México y el mundo montando exposiciones, dando conferencias, impartiendo talleres y recibiendo homenajes. Le encanta viajar. El idioma nunca ha sido una limitación para poder llegar a tierras tan lejanas como China, Marruecos, Rumanía, Polonia, Rusia.

Vida

Rogelio es vida pura. Su motor es ella misma. A veces abusa de su ángel guardián y se expone a pasar por situaciones no muy buenas, pero siempre prevalece la alegría, lo positivo.

Vitola

Rogelio trabajó desde muy niño. Por ejemplo, a los ocho años vendía los tamales que hacía su mamá, y así compró su primer microscopio, que le costó ochenta y cinco pesos. A los nueve trabajó como *cerillo* en el Aurrerá de Parroquia y Universidad, durante dos años.

Era un trabajo que disfrutaba porque le permitía estudiar y tener dinero. Normalmente ganaba treinta pesos al día en propinas; en las épocas decembrinas podía ganar hasta cien pesos, y aprovechaba para comprarle a su mamá su pijama de franela y sus cremas Nivea y Pond's. Un día, en el Aurrerá, tuvo la fortuna de conocer a Vitola (Fanny Kaufman), aquella actriz flaca, flaca, amiga de Capulina (Gaspar Henaine). Ella le pidió que le ayudara a llevar dos bolsas de mandado hasta su casa. Rogelio platica que caminaron como quince cuerdas y que, al llegar, Vitola le dio cincuenta centavos de propina. Era poco, pero a él no le importó, pues su mejor pago ese día fue haberla conocido y la plática que tuvieron durante el trayecto.

Voluntad

Es voluntarioso. Las decisiones que toma las sigue y busca cumplirlas. La mente y el alma mueven su voluntad por vivir, caminar y comerse la vida.

WhatsApp

Su coco es la tecnología; usa más o menos el WhatsApp, aunque casi siempre lee sólo el principio de los mensajes y pocas veces los contesta. Compartir un contacto, una ubicación y hasta hace no tanto una fotografía, le es complicado. Lo que más disfruta del WhatsApp es comunicarse con emojis, y lo hace muy bien, con seguridad resultado de su ser visual.

Zodiaco

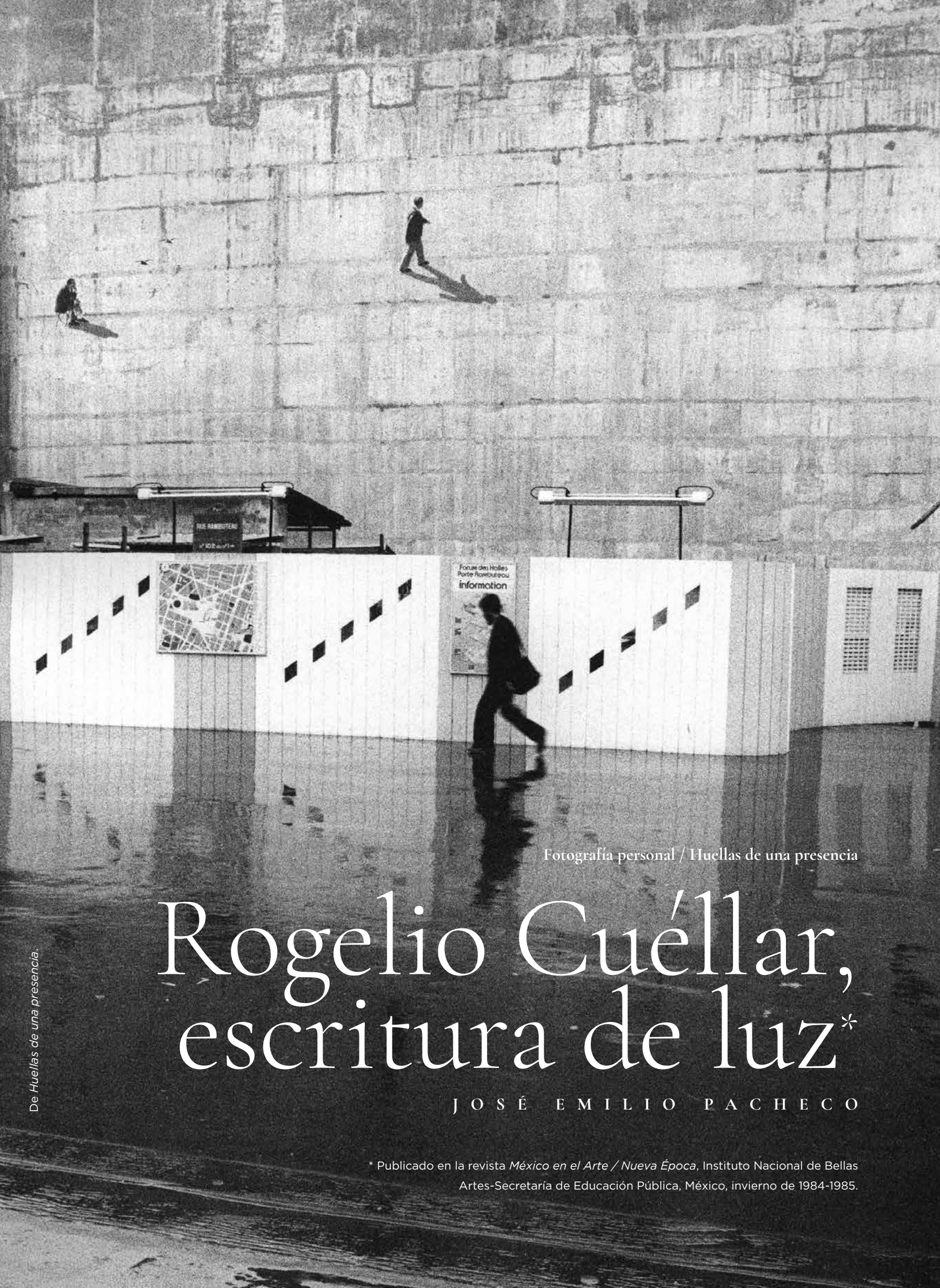
No es supersticioso, pero le gusta presumir que es un géminis, porque la dualidad tan característica de ese signo lo respalda: tiene un carácter doble que suele ser complejo y por momentos contradictorio. Su planeta es Mercurio y su elemento, el aire. Y aunque no cree en el zodiaco, me empujó desde pequeña a interesarme por leer los horóscopos. ●



Iván Cuéllar, Manuel Felguérez, Gabriel Macotela y Yani Pecanins.



De Huellas de una presencia (fragmento).



Fotografía personal / Huellas de una presencia

Rogelio Cuéllar, escritura de luz*

JOSÉ EMILIO PACHECO

* Publicado en la revista *México en el Arte / Nueva Época*, Instituto Nacional de Bellas Artes-Secretaría de Educación Pública, México, invierno de 1984-1985.

Las obras de Cuéllar no tienen título.
Cada una se llama fotografía,
escritura de luz, literalmente.
Todo se libra a tu imaginación.
Ves lo que quieres
en lo que Cuéllar te ha obligado a ver
enfocándolo
aislándolo del tumulto que llamas realidad
y que te asalta
a razón de unas cien mil imágenes por día.

No sé cómo veríamos el mundo
si no hubiera fotos como éstas
que lo revelan revelándolo,
desvelándolo,
quitándole los velos
que nos impiden verlo de verdad
y lo oscurecen.
Pero en ese momento
llega el fotógrafo:
la escritura de luz enciende el mundo.

Pienso que Cuéllar como Whistler
podría llamar también “composición” a sus obras
y simplemente seriarlas.
Así de consumado es su balance.
Siempre son muy concretas sus abstracciones.
Cuéllar es un artista de la materia,
de todo aquello que se mueve y se muere.

Las ruinas de ese coche entre la maleza...
A diferencia de los que antes fueron
nos sabemos mortales,
no ignoramos
que será ruina todo cuanto vemos
(y nosotros con ello).
Sólo la hierba seguirá creciendo.

Cuéllar, artista de las ruinas...
Cuéllar podría ver Machu Picchu,
Teotihuacán, Palenque y decirse
(como el primero que vio ruinas):
Para esto sirve el tiempo.
He aquí su obra.
Todo termina en estrago.
Claro que es cierto

pero no es menos cierto que el tiempo
sirvió también para hacer esto
y que las ruinas demuestran:
aquí hubo vida,
aquí alcanzó su esplendor
alguna forma de vida.

Quienes alzaron los palacios
siguen irguiéndolos.
No los habitarán.
Para ellos es la peregrinación en la niebla
o la venta de frutas y baratijas.

Sin embargo en los muros siempre hay ventanas.
Las puertas de la luz están abiertas.
Su escritura florece y habla
en ese *Huerto del Silencio*
que puede ser el nombre (quién sabe)
de una serie de fotos
o de un panteón humildísimo
en donde está la estrella junto a la luna.
Es decir, el astro del alba
que vuelve
como lucero en el crepúsculo.

Cuéllar escribe con la luz,
con lo blanco
en la página negra.
Cuéllar se planta frente al Cristo inerme,
también martirizado por el sudario y la piedra,
al que crucificamos con la miseria y la guerra.
Sin embargo no todo es sufrimiento y desastre.
Cuéllar tiene ojos para ver el agua
(dulce o salada, agua del río o del mar
o de los lagos que matamos).

De la muchacha que contempla el agua
sólo vemos las piernas
pero nos bastan
para saber que la mujer es agua de vida,
madre de nuestras vidas,
centro del mundo
que nos enseña a mirar Cuéllar
con su luz,
su escritura afilada,
su dibujo
en la infinita página de un día. ●





No la imagen sola, a solas; no un mero objeto para los ojos, sino lo que en la imagen hay de ánimo, de movimiento, de vida inagotable; no la visión simple, sí la contemplación. La fotografía es un arte así, y es un artista el fotógrafo, probablemente el más actual de todos los artistas.

La fotografía es el espíritu de la imagen. También es el espejo de lo invisible que cubre y da sentido a lo visible.

Cuando la fotografía es de veras —liberada de la inmovilidad de la memoria, de la diversión y del comercio—, nos enseña no cómo es el mundo, sino qué es el mundo, qué del continuo paso del mundo permanece. Literatura en entraña, en su mejor acepción. Lo sustantivo.

El artista fotógrafo como que sorprende y atrapa la vida en sus momentos originales, de donde siempre se alza un íntimo temblor, el vaho del pan recién salido del horno.

El íntimo temblor de un rostro, el de una calle al amanecer, el de la crin de un caballo.

El vaho caliente de la reja y el árbol, del árbol y del llano terso —primeros de la creación—; el de la barba anciana, el de la sangre en la pelea, el de la sonrisa, madre de todas las sonrisas.

La contemplación que impone la fotografía obra de arte hace más espiga la espiga en la lente del artista. Discurso. Comunión.

Yo soy lo que soy, lo que se quiera, pero soy también espiga, fronda, escalera de cemento antiguo, árbol y reja, estrella en el reflejo del agua.

Todo eso presenta y explica a Rogelio Cuéllar, notable ya y adolescente todavía, si acaso entrando apenas en la primera juventud, nacido en la Ciudad de México hace veinte años, estudiante de periodismo. ●

Rogelio

* Catálogo de la exposición *Reflexiones / Fotografías de Rogelio Cuéllar* en la Galería José Clemente Orozco (México, Instituto Nacional de Bellas Artes-Secretaría de Hacienda y Crédito Público, 1980).



Cuéllar, fotógrafo*

POR RICARDO GARIBAY

Si no le gusta,
Bare' otro

C. P.

Sr.

Rogelio
Cuevas

de
Carlos Pellier
Nº. de 74
México. D.F.

Para Rogelio Cuéllar

C A R L O S P E L L I C E R

El artista, un fotógrafo, el fotógrafo, hombre joven lleno de ternura, el pretexto, la muñeca rota, la consecuencia, el llanto de una niña por causa del suceso, y la conclusión, una ternura llena de tristeza por la muerte de un objeto tan humano.

El ojo del fotógrafo estaba en su corazón. La muñeca fue construyendo su muerte en varios episodios. Llegó un momento en que sólo un lazo de ella quedó tirado en cualquier parte.

Y el espectador de estas imágenes llega a pensar que el regalo de la muñeca va a provocar en la niña el primer quebranto humanamente posible por causa de la muñeca rota. ●

Lomas de Chapultepec, noviembre de 1974

Nota al reverso del manuscrito: "Si no le gusta, haré otro. C.P."

Rogelio Cuéllar, fotógrafo*

V I C E N T E L E Ñ E R O

Nadie pone en duda ya las posibilidades artísticas de la fotografía. Nadie es capaz de regatearle el calificativo de arte a ese fenómeno mágico que se inicia con el agudo “clic” de un aparato y que termina, tras un largo proceso que sólo los sacerdotes del cuarto oscuro descifran, en la expresión objetiva, plástica, de la obra terminada en lo que simple y ¡cuántas veces admirativamente! llamamos foto. Cada foto como posibilidad o realidad de una obra de arte que el fotógrafo descubre en su búsqueda personal del mundo que lo apresa.

Hay que hablar de arte en los trabajos fotográficos de Rogelio Cuéllar, aunque éstos surjan como productos de una actividad que muy poco tiene que ver con el esteticismo. Es decir, da la impresión de que Rogelio Cuéllar no sale a la calle, a la ciudad, al mundo, en actitud de artista. Cámara al hombro, se lanza a sorprender la realidad, o a toparse con esta realidad para que ella lo sorprenda a él. No sale a hacer “arte” sino sale a buscar la vida, y se encuentra con que esta vida se le convierte en arte como de milagro. Desde luego no es milagro, ni suerte, ni chiripa; en pocos fotógrafos profesionales se puede encontrar una sensibilidad tan clara, tan espontánea como en Rogelio Cuéllar.

Sencillo como hombre y como artista, Cuéllar es capaz de descubrir —gracias a esa sencillez, a esa espontaneidad, a ese estilo fotográfico alejado de todo manierismo— verdades que sorprenden de tan intensas. La incuestionable ternura de sus fotos —aun en las más dramáticas— es resultado de la ternura vital con que el artista trabaja y siente. El “clic” de su cámara sólo hace funcionar, en toda su auténtica expresión, el espíritu de Rogelio Cuéllar: artista y hombre; mejor dicho: hombre y artista. ●

Enero de 1973

* Catálogo de la exposición *Reflexiones / Fotografías de Rogelio Cuéllar* en la Galería José Clemente Orozco (México, Instituto Nacional de Bellas Artes-Secretaría de Hacienda y Crédito Público, 1980).





Huellas de una presencia*

E S T H E R S E L I G S O N

El paso del tiempo no es el paso del hombre. Sin embargo, la presencia de ambos deja huellas en todas las cosas, vestigios de un diálogo ininterrumpido en el que se evidencia, principalmente, el misterio del transcurrir y el esfuerzo humano por darle una respuesta.

Un horizonte común recoge esas huellas: la vida. La vida en las texturas de ése su rostro que se llama Realidad, en las vibraciones de ésa su piel que se manifiesta en la cotidianeidad, en el diario quehacer de las creaturas y la incesante transmutación de la mate-

* Mecanoescrito original, 1982.



ria. En la vasta urdimbre de lo que el hombre es capaz de ver, tocar, escuchar, gustar y olfatear, el flujo de la vida teje con invisibles hilos su visible mensaje de correspondencias, de afinidades electivas, juegos de luz y de sombra, voces de un movimiento donde nada está abandonado al azar, donde nada es caótico en la simultaneidad del crecer y menguar, del morir y nacer, del ocultar y descubrir.

Dentro de esa armoniosa complejidad sólo el artista logra penetrar (el místico y el niño se encuentran tan naturalmente inmersos en ella que no necesitan expresarla), escuchar alguna nota de su secreta música, captar algún destello de su luz intrínseca. El artista transmite lo que sus sentidos, su entendimiento y su sensibilidad captan para compartirlo con otros sentidos y entendimientos y sensibilidades y así enriquecer su experiencia de la vida y del hombre.

Rogelio Cuéllar ha escogido —si acaso un don se puede escoger— la fotografía como instrumento de aprehensión y de expresión de la realidad. Y hay, en ese querer “sólo ver” que tras su lente el ojo del fotógrafo persigue, todo un testimonio de lo inapresable y de lo infinito de la vibración y el movimiento de la vida, testimonio de un fluir que se plasma en la luz, en la desbordante sensualidad con la que el ojo le da consistencia a las formas que selecciona, penetra, acaricia y enlaza.

En la variedad de temas que la cámara de Rogelio Cuéllar recoge, paisajes, rostros, objetos, telas animales, ventanas, paredes, cuerpos, en la diversidad de escenas, de actitudes, de gestos, no hay dispersión alguna, sino un deseo profundo de transparentar lo velado, de darle voz a lo invisible a través de la mirada, de hacer cantar lo que habla y hacer hablar lo que parece mudo: un vestido, unas manos, unas naranjas, una casa, un árbol, una jaula, la sonrisa de un niño, un letrero, un quicio, una pisada, un reflejo de agua, son todos signos coherentes de un mismo lenguaje, de una única presencia. Pues la realidad es un enorme espacio de vasos comunicantes donde lo que deja huella es la transparencia, la voluntad del fotógrafo por volver translúcida, también, su propia sorpresa frente al misterio, a ese impenetrable secreto de las cosas ante el cual sólo queda fungir como testigo mudo. Y no obstante, hay algo tan intensamente palpable, palpado, vivido, sentido, sufrido, en esas texturas de la materia, de los cuerpos, de los rostros y los objetos plasmados en las fotografías, que se diría que una puntita del velo se ha descorrido y algo, “algo” se ha penetrado, descifrado.

En la mirada de Rogelio Cuéllar no hay nostalgia o tristeza que enturbien esa mirada esencialmente gozosa, gozosa incluso en su encuentro con el dolor, con la miseria, con lo sórdido, con la ironía: se trata de una manera lúdica de ver. Un mirar que se sumerge en su propio espacio interior para mejor entrar en comunicación con el espacio exterior, pantalla de reflejos. Mirar que está en el centro de la confluencia de la subjetividad y la objetividad, confluencia que es encuentro, búsqueda de lo incesante a partir del contexto de lo cotidiano y de los elementos de la actividad humana.

El ojo de Rogelio Cuéllar no congela, no apresna, no detiene. En sus fotografías el espacio sabe, huele, escucha, contempla, conversa, porque es luz en movimiento, plasticidad de texturas, correspondencia de formas materiales y de estados anímicos, relación de mensajes entre los cuatro mundos (mineral, vegetal, animal y humano), huellas de una presencia cuya lectura está en los juegos de luz y de sombra.

En la mirada de Rogelio Cuéllar el mundo está traspasado por la energía luminosa, indicio inequívoco de su disponibilidad de artista, de su apertura interior libre de prejuicios estéticos y de ataduras intelectuales. La lente de su cámara no constriñe el horizonte dentro

del marco que determina el aparato. Siempre hay algo que queda por reelaborar, por descifrar... ¿Qué hay detrás de las ventanas, ¿qué miran? ¿Hacia dónde se abren las puertas?, ¿quién las empuja? ¿Qué aires, lluvias, sudores y alientos han impregnado esas paredes que gesticulan como rostros humanos? ¿En qué dimensión del tiempo sin tiempo se mueven esos seres apesados en el papel fotográfico? ¿O es tan sólo nuestra imaginación quien los detiene, y en cuanto desviemos la vista van a seguir su camino? Siempre queda la sen-

sación de que el flujo de la vida se hizo presencia en una huella, efímera aparentemente por estar sometida al transcurrir, pero imborrable e imperecedera por cuanto traduce una imagen de lo invisible.

Así, la obra de Rogelio Cuéllar, testimonio lúdico del paso del tiempo y del paso del hombre, deja su tejido de signos en nuestra mirada, contemplación de múltiples hebras y nudos que se refractan en el espejo-prisma de nuestros pensamientos y sensaciones. ●



Luis Palacios Kaim. Fotografía: María Luisa Passarge.



Olga Chorro. Fotografía: María Luisa Passarge.

Para editar a Rogelio Cuéllar*

F E D E R I C O C A M P B E L L

Todas las cosas nos hablan: la migaja de pan sobre el mantel, la anciana sin hambre ni esperanza, el letrero que corona una ventana cuadrículada, la pierna de un tarahumara, el grito de un manifestante político, el arbusto desnudo que se delinea contra el amanecer... Todos los objetos nos hablan: el vaso sobre la mesa, la mesa vista desde diversos ángulos, el vaso lleno de agua, el vaso bocabajo. Una carretilla nos *habla*. Nos dice: avanzo levantada e impulsada por un par de brazos. Y los brazos nos dicen: formamos parte de un tronco y, en última instancia, de un hombre... o de una mujer. Una bicicleta nos habla. Va hacia atrás o adelante. ¿Por qué una bicicleta y no una mula? ¿Por qué una carretilla y no una bicicleta? El sueño escoge: elige: selecciona: discrimina: edita. Este objeto y no el otro.

* Catálogo de la exposición *Reflexiones/Fotografías de Rogelio Cuéllar* en la Galería José Clemente Orozco (México, Instituto Nacional de Bellas Artes-Secretaría de Hacienda y Crédito Público, 1980.

Esta ciudad y no la otra. Este campo mexicano y no el desolado horizonte de las dunas en la costa argelina.

En el comedor de un asilo para ancianos, la mesa, los platos, las tazas, pertenecen a un espacio y acompañan a un personaje. Nos hablan. Nos dicen muchas cosas desde esa misma combinación de objetos, ruidos, olores, desaliento, soledad, vejez. La imagen *edita* su momento, excluye materiales, incorpora características, hace énfasis en las cosas que aparecen en primer o segundo plano, o en un tercer nivel que no obedece —como la tina y la jaula colgadas de la pared— la ley de la gravedad ni las presiones ambientales... salvo las de la luz.

Encontramos a un hombre en la calle. Lo saludamos. Le sonreímos o no. Hablamos de esto pero no de aquello: editamos. El interfecto cae en un malentendido: no corregimos su error: componemos una despedida más o menos fría o más o menos cálida, y el hombre se marcha con una cierta imagen nuestra que *editamos* automática y convenientemente. ¿Pero en verdad se lleva la imagen que le editamos o la que él ha editado eliminando datos, incluyendo otros detalles, no recordando otros, confundiendo otros? Él también edita... a su manera. Iguales exclusiones, énfasis, reiteraciones se producen al hablar por teléfono. Editamos nuestra conversación. Al otro lado de la línea un editor más sagaz comenta a medias, conforma verdades o mentiras a medias y, como en la fotografía, deja fuera de encuadre lo que no encaja en la edición. Unos tonos resultan más grises o más negros que otros, o más blancos. El corte, el encuadramiento que se provoca en la fotografía, en la página impresionable, escoge e incluye: la fotografía nace, surge a la luz, mata algunas aristas en la oscuridad: se edita. Y de ese cambio de matices vienen los resultados.

Como la tecla de la máquina de escribir poesía, el gatillo de los fusiles que desploman tiranos, el dispara-

dor de la cámara fotográfica nos pone en contacto con un fragmento de la realidad y del tiempo que, antes, en nuestra infinita inconsciencia, no supimos percibir.

Y para aquellos que no sabemos ver, para aquellos que hemos perdido la sensibilidad —o que la perdemos por momentos—, Rogelio Cuéllar edita una forma y una sombra, una luz y una diluida riqueza que se escurre en el más allá del paisaje y de los rostros que a su vez nos contemplan sin emitir juicio alguno.

La vida de una ciudad o de un campo se manifiestan ante nuestros ojos segundo a segundo, minuto a minuto, pero sólo el ojo mágico o satánico de la cámara se permite congelar el instante para paralizar y revivir el tiempo y plasmarlo en un documento histórico que no permite ninguna refutación.

Las instantáneas imágenes que día con día salen a nuestro encuentro (muchas veces sin que nos demos cuenta de ellas) irrumpieron en el vientre de la cámara de Rogelio Cuéllar y se instalaron allí, para siempre. El fotógrafo no se propuso de una manera racional reunir desde un principio todas esas fotografías para mostrarlas como un todo. No. Simplemente las fue tomando día con día, de cuando en vez, cuando iba o volvía del cumplimiento de alguna misión periodística, mientras fatigaba las calles en busca de otros objetos menos inocentes y seguramente más osados.

Pero... ¡basta! Una fotografía no necesita explicaciones fundadas en la palabra. No sólo no precisa de la verbalización calificadora y vana, sino que cualquier intento de delimitación verbal la maniata sin justificación alguna. Sólo habría que añadir en este caso, tal vez, que entre la realidad y el observador, entre la lámina que aloja a la fotografía y el espectador, se encuentra alerta y lúcido el ojo de un gran artista: Rogelio Cuéllar. ●



Luis Argudín. Fotografía: María Luisa Passarge.

Sueño en piedra*

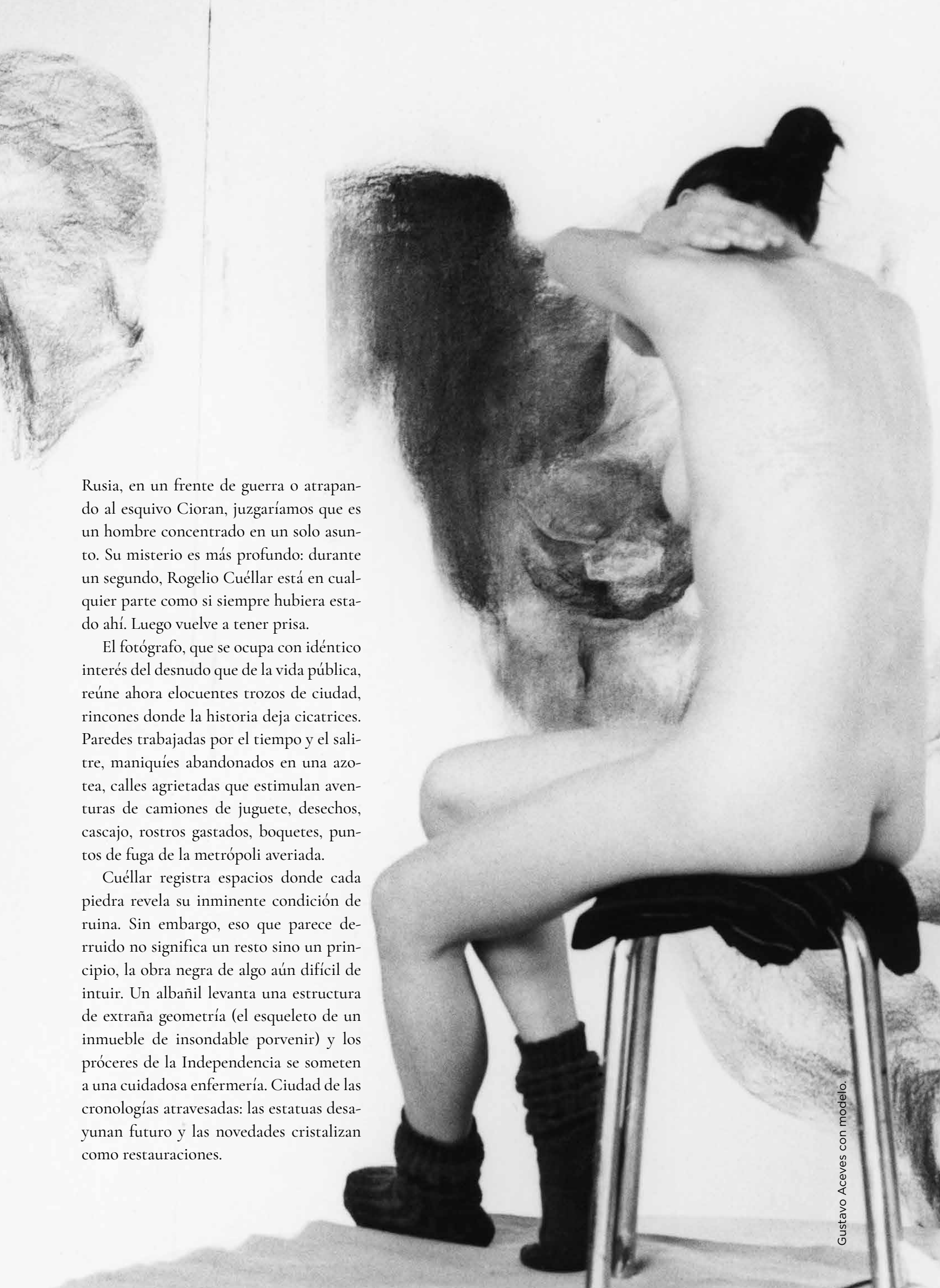
JUAN VILLORO

Nunca he visto a Rogelio Cuéllar en estado de reposo. Sus modelos deben estar quietos para salir bien en la foto. En cambio, él pasa de una tarea a otra como si quisiera agotar todos los afanes del mundo antes de permitir que le tomen una foto.

Durante décadas, ha ejercido con fortuna el fotoperiodismo, ha llevado las versátiles bitácoras del fotógrafo viajero y ha trabajado tan cerca de los artistas que las fotos que les toma parecen desprendimientos naturales de una personalidad, la sombra clara que los acompaña.

Sus variados acercamientos a la realidad no le han impedido armar series monográficas capaces de sugerir que se ha dedicado por entero a captar esos instantes. Si no supiéramos que también estuvo en





Rusia, en un frente de guerra o atrapando al esquivo Cioran, juzgaríamos que es un hombre concentrado en un solo asunto. Su misterio es más profundo: durante un segundo, Rogelio Cuéllar está en cualquier parte como si siempre hubiera estado ahí. Luego vuelve a tener prisa.

El fotógrafo, que se ocupa con idéntico interés del desnudo que de la vida pública, reúne ahora elocuentes trozos de ciudad, rincones donde la historia deja cicatrices. Paredes trabajadas por el tiempo y el salitre, maniqués abandonados en una azotea, calles agrietadas que estimulan aventuras de camiones de juguete, desechos, cascajo, rostros gastados, boquetes, puntos de fuga de la metrópoli averiada.

Cuéllar registra espacios donde cada piedra revela su inminente condición de ruina. Sin embargo, eso que parece deruido no significa un resto sino un principio, la obra negra de algo aún difícil de intuir. Un albañil levanta una estructura de extraña geometría (el esqueleto de un inmueble de insondable porvenir) y los próceres de la Independencia se someten a una cuidadosa enfermería. Ciudad de las cronologías atravesadas: las estatuas desayunan futuro y las novedades cristalizan como restauraciones.

Rogelio Cuéllar despliega una arqueología vorazmente intervenida por lo actual. La escalera de una vecindad (más que antigua parece eterna, de una contundencia mineral) desemboca en un niño que acaso la imagina como una esperanzadora nave intergaláctica. El Monumento a la Raza surge en la esquina de una foto como una señal primigenia mucho más duradera que el inestable paso a desnivel que aparece en primer plano. ¿Cuántas épocas caben en cada uno de estos episodios?

El fotógrafo ejerce su temperamento en los encuadres; escoge realidades que dan razón a su manera de mirar. La clave visual de Rogelio Cuéllar depende en muchas ocasiones de la ironía. La experta manera en que dispara está unida a un gesto revelador: las arrugas largas del ojo que no usa y la rápida sonrisa. Velocista de los ojos, busca el impacto de los contrastes. En la patria de las paradojas, un Hidalgo manco se alza junto a una bandera que no puede tocar; una mendiga yace ante una boutique donde se venden costosas estatuas

de indias; un ínfimo arrabal ofrece una nota de pie de página a la mole triangular del edificio del Banco de Obras Públicas; una barda sostiene a duras penas un mensaje sobre el esplendor nacional.

Los desiertos urbanos de Cuéllar adquieren relieve por las personas que los atraviesan. Gente que mira lo mismo que el fotógrafo, testigos en busca de algo más.

¿A qué razón obedece lo que se ha destruido y se reconstruye en estas fotos? El fotógrafo no responde: interroga.

La ciudad es un sueño en piedra que no deja de cambiar, pero sólo lo hace cuando Rogelio Cuéllar ya le tomó una foto. ●

* Texto publicado en el catálogo de las exposiciones *Ciudad de ciudades y Celebraciones de la luz / Festival Internacional de Fotografía de Pingyao* organizado por la Dirección General de Asuntos Culturales de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México en China, 2007.



Rogelio Cuéllar: la distancia entre las imágenes*

C A R L O S M O N S I V Á I S

Hoja de contactos de Fernando Del Paso.



Variación de imágenes y de atalayas. Oficio de “luz y sombra”. Entrecruce de perspectiva. Árboles que no dejan ver el bosque. Confluencia de lealtades contemplativas o testimoniales. Reunido este trabajo de Rogelio Cuéllar, que va desde 1968 hasta 1979, necesita de discernimientos para hallar la unidad en la diversidad, para encontrar las reclamaciones de la diversidad que no aceptan fácilmente la incorporación a la unidad. ¿A qué amo sirve este fotógrafo?, ¿a la información periodística, a ese imponderable llamado “fotografía artística”, a la denuncia política, al intenso gusto personal por el hallazgo de formas caprichosas o por la seducción de formas insólitas? Cuéllar no se decide porque ya no es la época de las opciones como etiquetas perdurables (“soy realista, soy artístico, soy denunciativo”). Y, él a un tiempo confía en y desconfía de las apariencias, las dispone como en un retrato de familia y las asume tal y como se le van dando. Las acepta sin remilgos y las escudriña minuciosamente.

“La realidad de la mirada da realidad a la mirada” (Octavio Paz). Para Cuéllar (o eso me revelan sus fotos, por lo menos; si él piensa de otro modo aquí iniciamos la controversia), la fotografía es lo desdramatizado, aquello que prescinde de filos, advertencias, cuchillas sentenciosas que se desploman sobre el espectador. Su punto de vista carece de escalofríos literarios y, preocupado por la nitidez y la perfección técnica, regresa

sin complicaciones ni miedos de pérdida de lo original a los temas de una generación anterior de fotógrafos mexicanos (admirable por lo demás). Él reconoce su inserción en las tradiciones internacionales y nacionales, y lo hace sin el sobresalto conmovido o autocomplacido de quien arriba por vez primera a una realidad. No “descubre”: informa; no “revela”, ayuda a ver.


En su dimensión de fotógrafo de prensa, Cuéllar prescinde de la deliberación irónica. Él lo sabe: quien desee hallar ironías las obtendrá de cualquier foto, de cualquier acercamiento visual. En un mundo de contrastes ásperos todo es ironía y todo conduce a la sonrisa de comprensión aguda: sí, aquí vemos a una María que dormita aferrada a ese sueño sin edades que es la coca cola, unos pepenadores que atraviesan lenta y penosamente ante una escuela de manejo y autocontrol, unos campesinos que pasan frente a un letrado autoritario “COMA BIEN”, un boleador de zapatos que alza el puño militante. ¿Qué hay en estas fotos? Sarcasmo si uno lo desea o melancolía o la carencia de sentido del humor que distingue a la estupidez de un sistema de explotación. Cuéllar se niega a entender la fotografía como aquello que ofrece algo siempre distinto a la experiencia visual, algo que será poético o curioso o extraño o agradable, algo que no afinará nuestra mirada sino que, reiterativa y empobrecedoramente, nos depositará en el comentario circular en el centro de un lugar común. Ante los prestigios acumulados de la “foto del contraste irónico”, Cuéllar se decide por el entusiasmo permanente ante las aportaciones de la imagen y se rehúsa a permitir la fácil acción de quien no ve la foto preocupado en interpretarla (manía frecuente de este comentarista). Por lo mismo, no se acerca adjetivadoramente a la miseria que, en sus fotos, no es pintoresca, denigrante, cruel, afable o exasperante, sino de modo más simple y demoledor, miseria. Lo reiterativo es lo directo, lo evidente es lo oculto. No estamos ante el más obvio de los juegos verbales, sino ante las continuas lecciones de la fotografía. Fíjense en el Cuéllar retratista que espía y acecha temeroso de la rigidez, de las innumerables mentiras de una pose, de los artificios de la conciencia del sujeto frente al objeto que perpetuarán sus gestos, máscaras y maquinaciones. Allí está Pepe Revueltas en su feliz contemplación de una red agitada... y Juan de la Cabada sonríe despreocupado ante las confidencias de su memoria mágica, y Rogelio Naranjo y Tito Monterroso se ven atrapados en la fábula de un coctel de fabulistas, y Borges instruye a un desconocido, y Ricardo Garibay remite al intruso el argumento de autoridad de su poderosa firma, y Lya y Luis Cardoza se dejan sorprender en otro instante de su interminable intimidad, y Arreola y Onetti juntan las mitologías personales que caben en una experiencia descuidada.

Otra dimensión del trabajo de Cuéllar: la búsqueda de la abstracción, la incorporación incesante de texturas, agresiones del tiempo, desgastes de la materia. La abstracción, suma azarosa de elementos, triunfo de la mirada, corrupción de lo orgánico. Así de la foto “abstracta” a la pareja de Avándaro, de campesinos indígenas a los diversos modos de leer el periódico, Cuéllar sigue viendo en la fotografía el acceso de otra realidad, esa que —reitero la frase de Lezama Lima— siempre escapa en el momento que había alcanzado su definición mejor. ●

* Catálogo de la exposición *Reflexiones/Fotografías de Rogelio Cuéllar* en la Galería José Clemente Orozco (México, Instituto Nacional de Bellas Artes-Secretaría de Hacienda y Crédito Público, 1980.



Terremoto de 1985.



Fotografía erótica

El cuerpo como imagen absoluta del mundo*

JUAN GARCÍA PONCE

La fotografía erótica, por el mismo valor inherente al medio, hace visible una verdad fácilmente comprobable y que por su misma evidencia se tiende frecuentemente a ignorar: el cuerpo tiene una capacidad expresiva cuya belleza se encuentra en él mismo y simultáneamente es un campo neutro sobre el que debe actuar el artista para mostrar sus propias capacidades creativas. En toda fotografía erótica —en todo arte erótico, debería decirse para mayor exactitud, así como para mayor exactitud tenemos que recordar que en todo el arte existe un elemento erótico en su misma base, sólo que en el arte erótico este elemento se convierte en su centro— hay una doble calidad: la del modelo y la que el artista pone en el modelo mediante su particular manera de revelarlo. Rogelio Cuéllar nos obliga a reparar en esta circunstancia con una fuerza muy especial. Nada hay tan directamente sexual como sus fotografías eróticas, y en ellas, precisamente, nada es naturalmente sexual porque todo es, precisamente, erótico. La sexualidad, gracias a la habilidad para subrayarla, está abolida —o, para ser más preciso, trascendida— hasta un plano que al revelarla nos la oculta y que al ocultarla la hace más evidente pero dentro de un plano en que su cualidad ya es otra. Nos encontramos ante uno de los inevitables elementos de la belleza: nace de los sentidos por encima de nuestra comprensión racional, va más allá de los sentidos para entrar a un terreno en el que la contemplamos racionalmente y en el que existe por sí misma, sola, independiente, dueña de sus propios valores y no buscando más que esos valores; abandona el terreno de lo racional y, contradictoriamente, al apreciarla, nos regresa a los sentidos. Es fácil decirlo; no es fácil hacerlo. En el arte erótico, en el arte directa y buscadamente erótico, demasiados elementos nos están llevando de continuo hacia la voluntad del artista de trascender lo sexual, de disimularlo, para hacer, claro está, obras de arte. Y o desaparece el erotismo o desaparece el arte. La doble naturaleza de la imagen crea este riesgo y, porque este riesgo está más acentuado que en ninguna otra forma de arte, en el arte erótico quizá nada hay tan atractivo para el artista tanto como para el espectador como él.

La razón es muy sencilla: no se trata de que sus valores sean más altos que los de cualquier otra forma de arte, sino que al dirigirse hacia Eros, hacia sus mismos orígenes, en el arte erótico está más acentuada la relación que el arte debe disimular siempre hasta el punto de hacerla desaparecer por completo entre el tema y su realización. El cuerpo del que se sirve directamente el arte erótico es un objeto natural, y el arte es un objeto artificial.

Y, no obstante, el arte erótico debe mostrar en toda su capacidad de seducción los cuerpos y debe ocultar el artificio que los lleva a otro plano, al tiempo que los revela en aquel donde actúan como objetos. ¿Cómo logra este efecto Rogelio Cuéllar? Los cuerpos —los objetos naturales y los objetos de su arte en esta ocasión— están secretamente despersonalizados. Son, antes que nada y por encima de todo, modelos, y empero, no obstante y sin embargo, la realidad del arte que convierte a los cuerpos en modelos nos lleva hacia la realidad de los cuerpos no como podemos verlos por nosotros mismos sino como Rogelio Cuéllar nos obliga a mirarlos. Es difícil apartar la vista de estas fotografías: nos muestran los cuerpos elegidos como imagen absoluta del mundo de una manera que parece estar revelándonoslos por primera vez. Nada en ellos es natural. Con mucha frecuencia la voluntad de impersonalidad llega hasta el extremo de que el artista oculta los rostros de sus modelos, y porque nada es natural, lo natural aparece y se nos muestra en toda su capacidad de revelación con arte erótico, arte en que el espíritu ha tocado a la sexualidad para mostrárnosla a través de los ojos del conocimiento.

Tal vez sea cierto que ése es el pecado original. Es indudablemente cierto que una absoluta inocencia, la inocencia de la belleza, es lo que busca todo artista. Finalmente, junto al cuerpo que le sirve de modelo, lo que las fotografías eróticas muestran es el ojo, la mirada de un artista. ●

* Texto para el catálogo *Rogelio Cuéllar / El paisaje del cuerpo*, México, Casa Lamm, 1998.

Paisaje al desnudo*

A N D R É S D E L U N A

Conocer el cuerpo de una mujer es una tarea tan lenta y encomiable como aprender una lengua muerta. Cada noche se añade una nueva comarca a nuestro placer y un nuevo signo a nuestro ya cuantioso vocabulario. Pero siempre quedarán misterios por desvelar. El cuerpo de una mujer, todo cuerpo humano, es por definición infinito... Apollinaire habla de las Siete Puertas del cuerpo de una mujer. Apreciación arbitraria. El cuerpo de una mujer no tiene puertas, como el mar.

Julio Ramón Ribeyro, *Prosas apátridas*

En el paisaje están los bosques y el desierto, el mar y las montañas, todo eso que la vista recorre para establecer el diálogo entre el atisbo a los detalles y el despliegue del horizonte. Dalí encontraba el universo entero en el ojo de la aguja que está en *La encajera* (1665) de Vermeer; tal vez sea cierto. Otros lo encontrarán en la guiñante ojiva que se esconde entre los muslos de la amada. Lo cierto es que eso depende de cómo se enfoque la mirada y cuáles sean los alcances de ésta. Sin embargo, el paisaje primigenio está en el cuerpo desnudo, en esas zonas aledañas que evidencian y esconden los secretos húmedos, tibios, ligeramente fríos, salados o ácidos, brillantados o de tonos mate que pueblan las oquedades, los intersticios, los mínimos accidentes y las desembocaduras de unos ríos que pierden y recuperan sus caudalosas corrientes. Gutierre Tibón, al indagar sobre las expresiones hebreas del Cantar de los Cantares, comentará que “*Shorérj* es otro nombre del ombligo, conocido comúnmente como *tabbur*. *Agan* es taza, vaso, recipiente ritual hondo y redondo, un cáliz.

Sahar es la Luna: *agan hasahar* es una forma poética que alude a la perfecta redondez del astro nocturno en el plenilunio". Por lo que se ve, en el célebre texto erótico, que tiempo después glosara fray Luis de León, hay algo de paisaje con ese satélite de la Tierra con el cual se compara la redondez de *omphalos*.

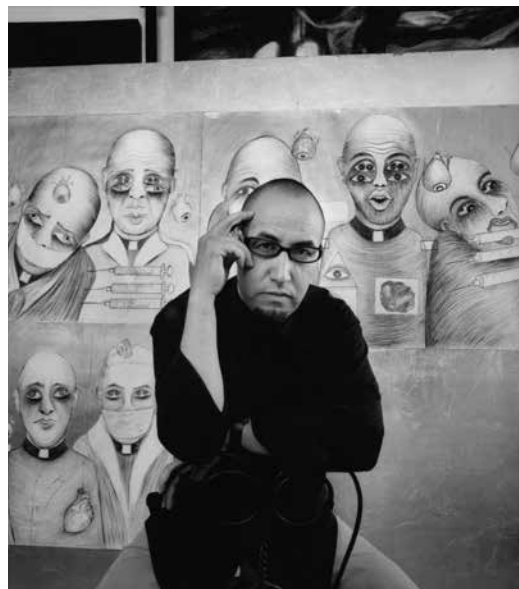
Rogelio Cuéllar ha querido trasegar por esos rumbos en los que la corporeidad femenina es la dueña del paisaje. La aventura consiste en recuperar para el ojo intruso y cómplice de la cámara fotográfica los instantes en los que se invoca un espacio sin fronteras. El artista quiere que esos territorios sean rincón propicio para internarse por continentes y océanos por los cuales puede naufragarse al menor descuido. La experiencia de Rogelio mantiene las naves a flote. El inventario visual que otorgan esas imágenes transmuta el vellón púbico en árbol, maleza o simplemente hierba caminera que crece con deleite. El pubis es entonces zona franca, invitación a ver sus suaves geometrías o el desparpajo con el que se convierte en breve isla entre las dunas de los muslos. Todo es paisaje. El cuerpo femenino es un laberinto de ascensos y descensos, ramificaciones y convergencias que incitan a mirar con esos ojos que todavía se sorprenden, con justa razón, ante la inminencia de que cada forma es un enigma, una gozosa trampa de Eros que conmueve más que cualquier cráter de la luna o el más perfecto de los anillos de Saturno. Cuéllar quiere transmitir sus azoros. Para ello se ha instalado en el detalle, en una fragmentación que acerca el paisaje y le da sus verdaderos vínculos con una realidad de luces y sombras, de carne y pilosidades, que lo mismo pueblan una hermosa espalda, trazan una delicada señal entre las nalgas o se contentan con ser altivo triángulo oscuro en la albura del vientre. Además, Rogelio ha hecho una suerte de monotipos al agregarles tintas coloridas a sus fotografías en blanco y negro. La percepción cambia, por lo que cada imagen es igual y diferente gracias a las modificaciones obtenidas por ese elemento externo que las ha enriquecido. El efecto es similar al que consigue quien trata de tomar una secuencia del mismo paisaje a diversas horas del día. El referente será el mismo, pero siempre se establecerá un diálogo distinto entre el artista y lo que observa.

También ese paisaje tiene algo de corporeidad humana. El invierno convierte en osamenta el tronco de los árboles; una ola puede tener esa suave carnosidad que dejó Pierre Auguste Renoir en los juveniles pechos y traseros de sus jóvenes retratadas; un monte con sus pinos que desafían la nieve es una especie de pubis. Las analogías pueden ser múltiples, la geografía es un intrincado juego de escondites donde lo que está a la vista por lo general esconde muchas otras cosas. Por ello el espectador debe estar listo para atrapar al vuelo eso que se escapa a la mirada común y rutinaria. Cuéllar ha insistido en identificar el cuerpo femenino con la voluptuosidad de la naturaleza hecha paisaje. En ese ir y venir, en ese hechizo pendular, está la hipnosis fotográfica. ¿Dónde empieza la mujer y dónde culmina el horizonte? Uno y otro se anidan en busca de un espacio. ¿Pero qué sobrevive a la experiencia del *Paisaje al desnudo*? Lo que queda son las huellas de un entorno, de esa caricia profunda que entrega la sensualidad de las imágenes de Cuéllar. Más de un espectador quedará invitado a ser habitante incidental de esas regiones corporales o de esas latitudes campestres.

Un hecho es seguro: *Paisaje al desnudo* ubica a Cuéllar en esa madurez conceptual donde lo íntimo está en el formato de las fotografías, en la manera de recrearse con esas presencias femeninas y en la delicadeza de un cementerio de árboles o de una ventana abierta. Esa pequeñez de las fotos individualiza la mirada. Cada quien tendrá su propia versión de lo que está ahí frente a cada uno de los posibles espectadores. Rogelio ha preferido utilizar esta sordina iconográfica para sentir ese gusto casual y valedero con el que se escucha la lluvia al atardecer o se cuele un rayo de sol por entre las cortinas; es decir, una comunicación en voz casi inaudible que poco a poco llena un recinto con sus murmullos y presencias. Así es este *Paisaje al desnudo*. ¿Para qué decir más? ●

* Suplemento *Sábado* del diario *Unomásuno*, ca. años ochenta.

Retrato



Rubén Maya.

El diálogo de la mirada. Retratos de Rogelio Cuéllar*

GERMAINE GÓMEZ HARO

*Aprender a ver oír decir
lo instantáneo
es nuestro oficio*

Octavio Paz



Carlos Saura.

La fotografía es por excelencia el arte de aprehender el instante; revelaciones del instante e instantes de revelación, según Octavio Paz. Arte genuino y genial que, desde lo instantáneo, celebra a un tiempo la alianza y la ruptura con el tiempo lineal. Pero ¿hablamos aquí de un tiempo vertical u horizontal? Si nos referimos al fotoperiodismo o a la fotografía documental, su tiempo es, en rigor, histórico y, por lo tanto, horizontal. La fotografía artística, en cambio, se sitúa fuera del tiempo, o acaso en una temporalidad *otra*, llamémosla vertical por su posibilidad de ascender y descender a diversas alturas y profundidades, desde las cuales capta y plasma ese instante atemporal. Se dice que la poesía anula la continuidad del tiempo y, en palabras de Gaston Bachelard, “en el instante, el arte nos conduce al paraje primordial de nuestro ser, al lugar donde nos hallamos en el universo entero”, y añade que el instante poético es, en esencia, una relación armónica entre dos opuestos: la pasión y la razón, feliz simbiosis que asocio aquí al quehacer fotográfico de Rogelio Cuéllar, cuyos retratos anuncian las nupcias entre la imagen fotográfica y la imagen poética a partir de la mirada. Por intuición, con un espíritu lúdico y el rigor que da la experiencia, Cuéllar consigue captar en sus retratos el instante poético que subyace en toda obra de arte, el instante de la mirada, ahí donde se instaura (en palabras del propio artista), “un diálogo de silencios y de intensidades”. ¿Cómo logra Cuéllar atrapar ese instante de la mirada? Anteponiendo ante todo la voluntad de explorar la interioridad de sus modelos para sacar a la luz la expresión diáfana de su alma. Para muestra basta un botón, pero Cuéllar nos presenta en su reciente exposición en Casa Lamm, *Un domingo en la Alameda*, cien retratos de artistas plásticos que son un claro ejemplo de esa búsqueda incesante que ha permeado su obra a través de veinticinco años de creación: una variedad de fisonomías, temperamentos y caracteres captados con la sencillez que caracteriza a este notable fotógrafo. Ante todo, Cuéllar persigue la naturalidad; no busca embellecer ni idealizar a sus modelos, sino presentar al ser humano de carne y hueso. Y lo consigue: el retrato de Alice Rahon es clara muestra de ello, bellísima sin maquillajes, envuelta en un halo de luz que ilumina su apacible rostro. Rogelio comenta que no acostumbra componer escenarios, sino que prefiere



Beatriz Zamora. Fotografía: María Luisa Passarge.

captar al artista de manera espontánea en su entorno. Así, tenemos la figura de Toledo —una silueta fugaz, casi imperceptible— al fondo del estudio, donde vemos por aquí y por allá algún lienzo habitado por animales fantásticos. En este caso, Rogelio capta al pintor juchiteco en un singular ámbito de misticismo, afín a su personalidad.

Uno de los retratos más conmovedores de la exposición es, a mi juicio, el de Leonora Carrington: perfección de forma y de contenido. De un incierto fondo negro emerge el perfil de la pintora: una mirada penetrante, ensimismada, acaso inmersa en ese universo onírico que relata en sus obras. “Los retratos de un pintor o de un fotógrafo son sus máscaras y sirven para revelarlo”, dice Luis Cardoza y Aragón. Así es: la frescura y espontaneidad de Cuéllar se revelan en sus retratos, su espíritu lúdico hilvana toda su obra. Aún sin proponérselo, el lente de Rogelio percibe y captura la esencia psicológica de sus retratados. Así, vemos a Pablo O’Higgins muy serio, la regla y el compás en la mano, artífices y cómplices de su mesurada obra. Por el contrario, Mathias Goeritz lanza una enorme sonrisa que brilla al igual que las estrellas de su famosa *Constelación*.

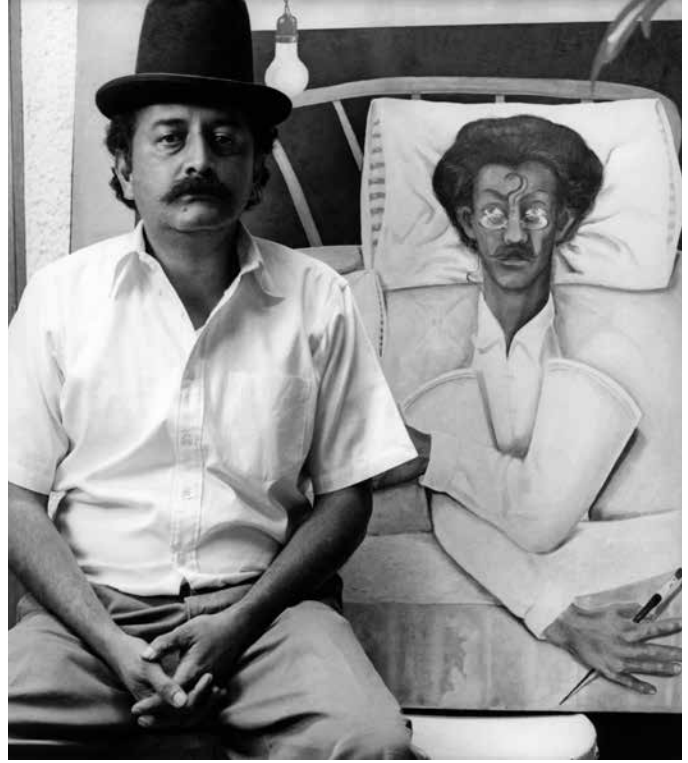
El tiempo pasa. Los artistas nos dejan su pintura, su escultura... Rogelio Cuéllar, más allá de un documento fijo y momentáneo, nos deja un testimonio de lo inasible: retratos *sin máscara* elaborados por un fotógrafo *sin máscara*. Estoy segura de que Cuéllar coincidiría con este pensamiento de Van Gogh: “Prefiero pintar los ojos del hombre que las catedrales, pues los ojos poseen algo de lo que éstas carecen, a pesar de ser majestuosas e imponentes: el alma humana —trátese de un pobre mendigo o de una niña de la calle— es lo que más interesa a mi mirada”. ●

* 1993

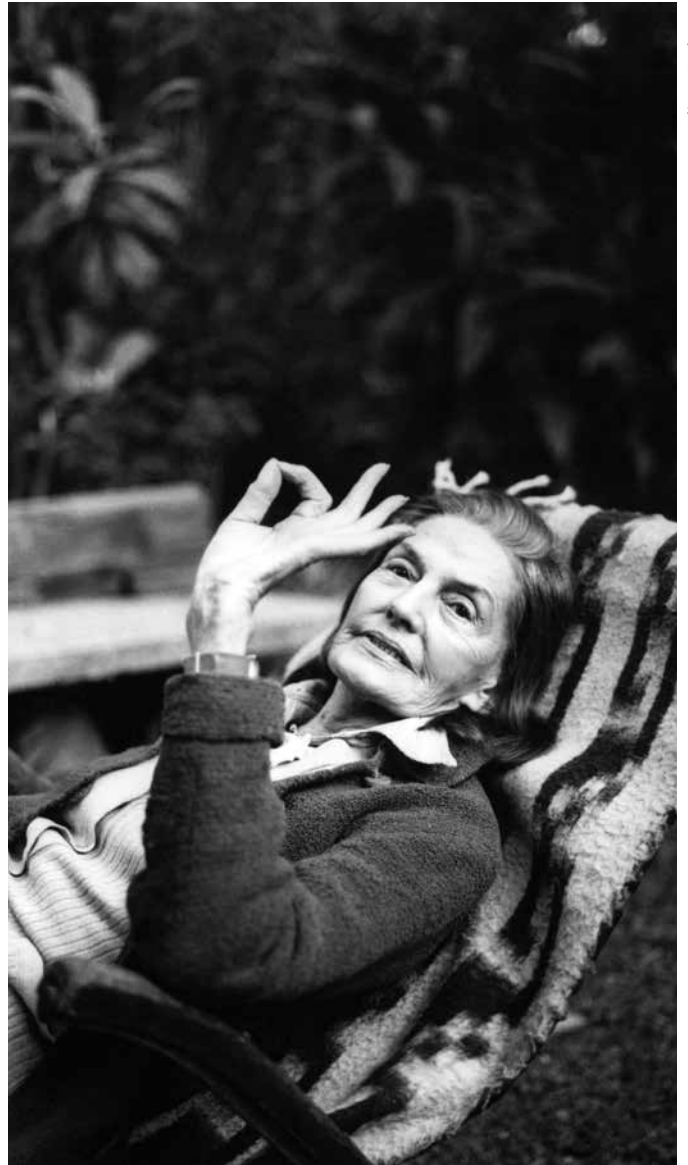
René Portocarrero.



Susi Delgado. Fotografía: María Luisa Passarge.



Mario Martín del Campo.



Alice Rahon.

Cuerpos, rostros y miradas: el arte fotográfico de Rogelio Cuéllar*

G A B R I E L T R U J I L L O M U Ñ O Z



Rafael Cauduro. Fotografía: María Luisa Passarge.



Rodolfo Sánchez-Fierro, ceramista. Fotografía: María Luisa Passarge.

En la historia de la fotografía la constante universal es que ésta es omnívora: captura todo lo visible e invisible del entorno que es suyo, de los tiempos que mira. Dentro de su amplia temática, sin embargo, el retrato de personajes insignes ha sido una fuente de obras artísticas que, en muchas ocasiones, ha mostrado su maestría para sacar de políticos, estrellas del espectáculo y deportistas sus mejores facetas para consumo de la sociedad de la información como de los interesados por la moda. Una arista que ha ido consolidándose en las últimas décadas es el retrato de artistas en su espacio de creación: pintores en sus estudios, escritores con su pluma en mano, cineastas con su cámara al hombro. En México, desde del siglo XX hasta la fecha, esta tendencia de la fotografía nacional ha ido tomando preeminencia gracias a la aparición de la prensa ilustrada en general y del surgimiento de los suplementos culturales en particular.

A pesar de todo ello —o precisamente por eso— la fotografía de artistas ha sido más parte de una labor

noticiosa antes que un acercamiento a profundidad. Pero el fotografiar a los creadores mexicanos no como parte de una pasarela mediática de los famosos, sino como una tarea sistematizada, desde las entrañas de la creación misma, que requiere esfuerzo y empeño, voluntad y talento por igual, que pretende conformar una investigación creativa de la vida cotidiana de pintores, músicos o escritores, para nombrar sólo algunas de las disciplinas artísticas a retratar, es cosa poco usual en nuestro medio fotográfico. Por eso mismo Rogelio Cuéllar (Ciudad de México, 1950) es un parteaguas en esta labor de hacer de los artistas nacionales el centro perdurable de su atención, de mantener una indagación sobre cada uno de ellos y del entorno que los enmarca y define, que les da expresión e identidad. Cuerpos, rostros y miradas que, en conjunto, responden a una elección de vida, a una vitalidad que salta del creador a sus obras, de sus ojos a las palabras que eligen, a los colores que imaginan; de sus manos a los libros que escriben, a las pinturas que colorean el mundo.

Desde sus primeras fotografías a un adusto Juan Rulfo, en el Centro Mexicano de Escritores en 1969, hasta las más recientes imágenes a pintores jóvenes, a poetas emergentes, Cuéllar ha llevado a cabo un inventario de nuestros creadores como representantes de nuestras luces y sombras, de nuestros usos y costumbres, desde la perspectiva de un fotógrafo capaz de ir a fondo, de meterse en la piel y en la imaginación de sus retratados. En la obra de Rogelio destaca la sabiduría del instante preciso, la mirada que privilegia lo íntimo sobre lo público, el interés genuino por presentarnos un ser humano antes que un monumento oficial. No hay en sus fotografías el deseo de crear un pedestal visual de estos artistas mexicanos cuando su camino pasa por la calidez, la ternura, la empatía. Basta ver la mirada festiva de Juan José Arreola o el gesto de fastidio de Ricardo Garibay para saber que estamos ante criaturas prodigiosas pero que comparten con nosotros sus gozos y dolencias, sus dudas y certezas gracias a la virtud de Cuéllar de entregarnos a estos creadores de cuerpo entero, sin ocultamientos, sin disfraces. Tal cual son.

Y esta suma de experiencias en carne viva, en espíritu completo, está presente en libros suyos como *Cuatro décadas del rostro de la plástica 1972-2011* (UAM-Iztapalapa-Conaculta-Fundación Cultural Macay A.C., 2012) y *El rostro de las letras* (Conaculta-La Cabra Ediciones-Conaculta, 2014), donde Rogelio Cuéllar expone una galería de personajes que, como dice el crítico Andrés de Luna, demuestran que Rogelio es “un maestro del retrato” y que su obra, “este repertorio de imá-

genes, hallazgos visuales de primer orden, permiten la certeza de una maestría sin igual” y ayudan a entender, desde lo fugaz y pasajero, la imbricación entre la tarea de crear y la amplitud del mundo que inspira a estos creadores: libros a leer, la naturaleza que los rodea en su austeridad o exuberancia, la casa que los abriga, los objetos que dialogan con ellos como parte de su actividad creativa.

Cada fotografía de Cuéllar en estos libros nos ofrece la posibilidad de comprender, a plenitud, lo que estos pintores y escritores hacen y deshacen, lo que estos artistas han decidido es su destino. Todo cabe aquí más allá de telas y pinceles, de bibliotecas y máquinas de escribir. Ya sea que veamos a estos autores en su orden impecable o en su caos implacable, las imágenes de Rogelio nos proporcionan una ventana para contemplar al artista en sus gustos y manías, en sus espacios de relajación o convivencia. No es su fotografía un tribunal psicológico sino un acuerdo mutuo entre retratista y retratado. Diálogo afable. Conversación intensa, sin medias tintas, que llega hasta nosotros, sus espectadores, sin filtros de por medio. En ambas publicaciones estamos ante una colección fotográfica que hace del gremio artístico el centro de nuestro júbilo, el foco de nuestra identidad nacional, donde la realidad de cada uno de estos creadores brilla con luz propia, esplende en sus humores y guiños de complicidad.

Esa luz que firma como un artista de la lente, Rogelio Cuéllar, nuestro testigo de honor. ●

* Mecanoescrito original de 2016.

El rostro de las letras*

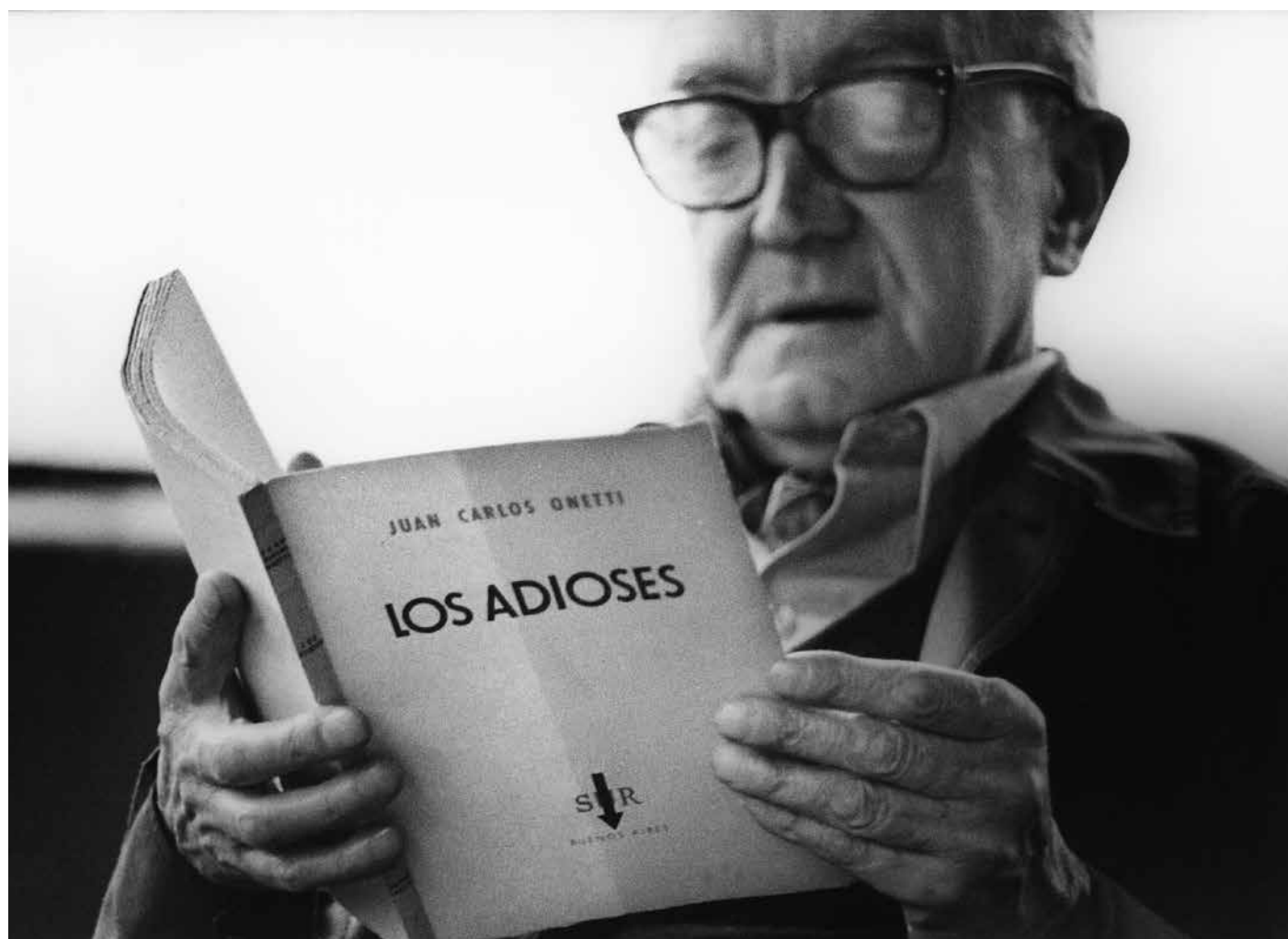
J O R G E F . H E R N Á N D E Z



Antoni Tàpies (fragmento).

Rogelio Cuéllar lleva más de cuarenta años tomándole fotos a la literatura. Es el duende travieso que sorprendió a Borges en un mingitorio y el hábil lente que reveló los dedos curvos de Carlos Fuentes, el de la nariz aguileña... Es el retratista del silencio de Octavio Paz y de la temblorosa mano de Bioy Casares al dedicar una invención para una musa de ojos azules. Rogelio lo ha leído todo con la cámara y al hacerlo se ha convertido en el cronista de cronistas, cuentista de cuenteros y novelista callado de las novelas que se revelan en las pupilas de los escritores con *èñe* (sobre todo los que procuran escribir en español) y las cabelleras al vuelo de las poetisas perdidas o las cuentistas que rebasan toda cuadrícula de los reclamos del género o de los géneros... Cuéllar ha congelado la microhistoria bibliográfica de la ficción que nos distingue y nos eleva; son las caras de los creadores al filo de sus libros o en el quicio de sus patios, en la antesala de las horas muertas, las largas madrugadas en el velero de la imaginación y de la rima o en el traqueteo necio de una historia que se va forjando tecla a tecla.

Cuéllar empezó con el lente pegado al ojo y vendiendo imágenes al azar. Fue de los heroicos periodistas que militaron en el ejemplar periódico *Excélsior* de antes... y algo lo llevó a la loca idea de ir retratando escritores consagrados antes de su consagración o en el fragor de sus efervescencias: ha fotografiado a todos los Premios Cervantes antes, durante y después de que fueran Cervantes y a muchos no pocos plumillas en la imberbe pose que precede incluso a que sean leídos. El espectador contempla las caras y murmura los títulos de los libros implicados o recita el callado verso que



lleva en sus labios una poeta al filo de una fuente o se ríe con el desparpajo de uno de los más grandes narradores de la humanidad entera sentado en el pretil de un escalón de cantera, amezclillando la elegancia de una selva entera que lleva ensortijada en el pelo. Aquí están los Maestros con mayúscula y los discípulos que se volvieron maestros y las voces de las mujeres que enredan la trama de sus personajes en una madeja que pasa página en sincronía con el cuentista que aparece en el lado non de este libro que se llama *El rostro de las letras* y que ha sido hermosamente editado por María Luisa Passarge, de La Cabra Ediciones, y que hoy se presenta en Madrid, donde escribo estas líneas con una admiración de décadas y una gratitud en deuda porque no niego que, al haberme fotografiado, Cuéllar me hizo sentir lo que sienten los escritores de a deveras y advertir lo que se creen los que se marean y tambalean sobre el ladrillo de saberse leídos. Con Cuéllar el rostro del escritor pierde el maquillaje de las reseñas encargadas y la rumiante grilla de los cenáculos impostados. En blanco y negro, gelatina sobre plata,

huella digital o revelado exprés, Cuéllar ha literalmente pintado sin acuarelas ni aceites los rostros que se distinguen de tantas caras, las personas que narran a la gente, los párrafos que plasman la vida misma y las letras —una a una— con las que todos configuramos un relato o la delicada metáfora de un verso que parecen atarse al beso invisible que se resguarda en los labios de la más bella de las escritoras o en la palabra enigmática que se quedó callada bajo los párpados de un autor intemporal.

Cada fotografía es un instante, un segundo que se prolonga cuatro décadas o sesenta páginas en la callada lectura de quien se emociona aún mirando a los autores que nos hablan de noche, inmóviles en la pantalla de una página donde parecen deletrearse sus propios cuentos o en la marejada inverosímil de sus novelas o en el bosque que cabe en una sola línea de un poema que intenta recrear la música de los pétalos con rocío. Cada fotografía es un paso ascendente sobre los estrechos escalones de un templo de piedra y luz, sombras que engrandecen el alma callada de una lengua que es



Francisco Toledo.



Arturo Buitrón.

patria para todos, traducida para el mundo en la cara del hombre que escribe a solas simplemente porque la realidad no basta, y en la retina de Rogelio Cuéllar que toma fotografías de la pluma en reposo, imaginada en la cara del escritor que se propuso hacer un mapa de sus alegrías y una topografía de todos los dolores, línea a línea con la tinta espesa de una pluma entrañable o sobre la pantalla azul de su minúsculo universo infinito para que alguien lo lea moviendo los labios al hilar

las sílabas que van tejiendo los millones de puntos que conforman en píxeles la fotografía con la que también somos leídos. A eso vino Rogelio Cuéllar a Madrid y yo estoy aquí para aplaudirle con una fotografía que queda impresa... como un abrazo. 🌟

Madrid, 2017

* Texto leído en la presentación del libro *El rostro de las letras* (México, La Cabra Ediciones-Conaculta, 2013).

